



RUTH LEFIN

AMORES QUE DEJAN MARCAS



Aguja Literaria

AMORES QUE DEJAN MARCAS

Ruth Lefin

Aguja Literaria



PRIMERA EDICIÓN

Octubre 2017

Editado por Aguja Literaria
Valdepeñas 752

Las Condes - Santiago - Chile

Fono fijo: +56 227896753

E-Mail: aguja-literaria@gmail.com

Sitio web: www.agujaliteraria.com

Página facebook: [Aguja Literaria](https://www.facebook.com/AgujaLiteraria)

ISBN: 9781549954511

DERECHOS RESERVADOS

Nº INSCRIPCIÓN: 281.581

Ruth Lefin

Amores que dejan marcas

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

TAPAS

Adaptación de imagen de portada: Alexander Araneda Fuentes
Diseño: Josefina Gaete Silva

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[ACERCA DE LA AUTORA](#)

PRÓLOGO

Algunas personas creen que siempre podrán proteger a sus hijos, pero entre más crecen, la labor se vuelve más difícil. Los jóvenes comienzan a tomar sus propias decisiones y a cometer sus propios errores. Los padres, aunque sufren al verlo, pocas veces pueden evitarlo.

Gabriela es una adolescente absolutamente normal, con sueños y problemas como todos, es hija única, por lo que sus padres han dedicado toda su vida a intentar protegerla, no obstante, las decisiones precipitadas que tienden a tomar las jóvenes de su edad, sumado a su falta de seguridad, le juegan una mala pasada.

Dicen por ahí que a nadie se le enseña a ser padre, pero tampoco hay un manual para ser adolescente y, a los quince años, los errores pueden traer graves consecuencias.

Gabriela sacaba un vestido tras otro de su closet, se los probaba uno a uno y se miraba al espejo, bailaba y seguía buscando prendas. De nuevo frente al espejo, miró su busto y suspiró.

—¿Algún día crecerán?

A sus quince años, era prácticamente la única entre sus amigas que aún no se desarrollaba acorde a su edad. Pero eso carecía de importancia aquel día: por primera vez, le habían dado permiso para ir a una fiesta y, eso no era todo, además podría quedarse en casa de Beatriz, su mejor amiga desde siempre. Solo tenía que encontrar la ropa y el maquillaje apropiados y prepararse para la que sería la mejor noche de su vida.

Finalmente, se decidió por un vestido color marfil, ya que siempre le habían dicho que su piel morena se veía radiante con él. Se maquilló siguiendo un tutorial de *Youtube*, para destacar sus ojos marrones e intentar verse segura y madura. Miró el resultado en su reflejo, sonrió y corrió donde su mamá para mostrarle el atuendo seleccionado.

—Mira, estoy lista ¿Qué dices?

—Gaby, te ves tan grande... tan linda. Pero, ¿no será mucha producción? Es una fiesta no más, no tu licenciatura

—¡Mamá! Tú siempre dices que la apariencia es importante, que todo entra por la vista y hoy quiero verme linda y segura de mí misma... no ser la pava a la que nunca dejan salir.

—Hoy te dejé, así que deja el discursito.

Hubo un breve silencio. María miró a su hija y decidió que no era el momento de discutir con ella.

—Te ves preciosa, vas a dejar a todo el mundo con la boca abierta.

Gaby saltó de alegría y abrazó a su madre.

—Gracias mamita, ¡te amo!

Corrió a su pieza. Tomó la mochila con sus cosas y salió rumbo a casa de Beatriz. Quedaba solo a una cuadra, así que llegó en pocos minutos. Cuando su amiga la vio, sonrió y corrió a su encuentro.

—Amigaaaa, por fin llegas, te ves linda, ¡hoy vas a matar!

Le dio una vuelta admirando el atuendo. Luego se puso las manos en la cintura.

—¿Y yo?

—Hermosa, como siempre. No sé cómo lo haces para verte siempre bien.

—Gaby, siempre te he dicho que la actitud lo es todo. Ya vas a ir aprendiendo.

Beatriz tenía solo diecisiete años, pero creía tener todas las respuestas de la vida. Al ser la mayor de sus amigas y contar con más “experiencia”, se había convertido de forma natural en una especie de gurú adolescente; todas las chicas querían su aprobación, por ende, era la única que las podía aconsejar de manera acertada.

Comenzaron a llegar los invitados, pero entre más personas llegaban, más intimidada se sentía Gabriela y se pegaba a la pared tratando de pasar inadvertida. Cuando Beatriz se dio cuenta, caminó hasta ella, le pasó una cerveza y se la llevó a bailar.

—La idea es que te luzcas, no que te escondas en los rincones. Vamos.

Gabriela tomó un par de sorbos y comenzó a bailar. Primero muy tímida, después más animada y, finalmente, su energía se desbordó. Se sentía bien, importante, observada, pero no inquisitivamente, sino que admirada. Tal vez porque era amiga de Beatriz, quizás porque de verdad se veía bien, o simplemente porque bailaba como si no le importara nada; y de verdad no importaba, le gustaba sentirse así. Tomó otra cerveza. No le agradaba mucho el sabor, pero pensó que sería sumamente inmaduro decirlo.

De pronto, vio unos ojos negros y penetrantes que la observaban fijamente. Se sintió algo intimidada, por lo que cambió de lugar con una de sus amigas, sin embargo, la curiosidad era más fuerte, quería saber si seguía siendo observada. Dio una vuelta, allí estaban aún los ojos negros, misteriosos, profundos y más intimidantes que antes, por lo que se volteó rápidamente.

De súbito sintió un escalofrío en la espalda, una mano se posó en su brazo y una voz le pidió permiso para pasar, en un susurro cerca de su oído. Gabriela se movió giró su cabeza y vio una sonrisa bajo los ojos que tanto nerviosismo le habían causado. Vio pasar al desconocido, vestía totalmente de negro y parecía muy poco interesado en estar allí, parecía ser algo mayor que ella. Lo que más llamó su atención, fue que nunca antes lo había visto.

Beatriz vio a su amiga con la mirada fija en alguien, siguió sus ojos e inmediatamente la tomó del brazo.

—Se llama Andrés, es primo de Javier, y te prohíbo que te le acerques.

Gaby se rio, miró a su amiga que la observaba con seriedad, por lo que se puso seria también.

—¿Me estás hablado en serio?

—Obvio que sí, ese tipo es raro no me da confianza, nunca mira a la gente a los ojos... como si escondiera algo. Lo dejé entrar solo porque venía con Javier así que, Gaby, deja de mirarlo, la casa está llena de gente, fíjate en cualquiera menos en él.

—Pero Bea, a mí sí me miró a los ojos, a lo mejor es tímido no más, a lo

mejor...

—¡No! De verdad es extraño, Gabriela Riveros, mírame. No te acerques a él. ¿Me escuchaste? Si te veo hablando con él, le voy a contar a tu mamá que estuviste tomando y hablando con hombres desconocidos

—¡Noooo!, Bea, porfa. Si mi mamá sabe nunca más me va a dejar salir, tú sabes que es como un ogro

—Entonces ¿Qué tienes que hacer?

Gabriela hizo una mueca de aburrimiento y repitió robóticamente.

—No acercarme a Andrés

—Muy bien —Beatriz volvió a sonreír y le pasó otra cerveza—, toma, la chela de la paz ¡ja,ja,ja,ja!

Gabriela la recibió y tomó un sorbo. Andrés pasó de vuelta mirándola fijo, pero ella desvió la vista hacia Beatriz, que la observaba inquisidora. Continuó bailando e ignoró al misterioso desconocido.

II

Andrés detestaba estar con mucha gente, lo hacía sentir incómodo, pero sabía que era la única manera de entretenerse durante su estadía en casa de sus tíos. Además, su primo Javier le simpatizaba aunque fuera “demasiado sociable” para su gusto. A sus dieciocho años, acababa de terminar el colegio y, la verdad, aún no sabía que haría de su vida. No quería estudiar más, sentía que era suficiente haber sacado cuarto medio. Quería buscar trabajo, ojalá en el sur, en algún lugar rural.

Vio a Gaby cuando estaba arrimada a la pared, en un rincón. Le gustó verla tan tímida, sintió que tenían algo en común. Luego, cuando la vio bailar, le pareció un ángel, con su vestido claro y liviano que se ondeaba con cada movimiento. Tal vez era efecto del alcohol, pero creyó ver a la criatura más hermosa del mundo. Sus miradas se cruzaron un par de veces, pero solo unos instantes. Decidió ir a hablarle, se acercó a su oído, pero el dulce aroma de la muchacha paralizó su confianza y únicamente atinó a pedirle permiso para pasar. Se sintió un estúpido, ya era un hombre, debería tener las agallas suficientes para sacar a bailar a una chica. Al pasar de vuelta no quiso acercarse, se sirvió un vaso de ron y salió a tomar aire.

Mientras estaba en el jardín mirando las estrellas, pensó en el origen de su falta de carácter y en la enorme cantidad de veces que esto le había causado problemas en el pasado. Estaba seguro de que el origen de su falta de confianza era su madre, sí, estaba seguro de eso. Ella siempre se burlaba de su forma de ser, de sus gustos y reacciones. Recordó la única vez que llevó a una amiga a su casa, su padre se acercó a la joven y le dijo que era demasiado bonita para estar con él. Su mamá, en lugar de reclamarle a su esposo por el desafortunado comentario, bajó la cabeza y se metió en la cocina para preparar la once. El resto de la jornada fue similar, su padre hostigaba con mal intencionadas indirectas a su amiga y su madre se mantenía en silencio sin siquiera mirar lo que pasaba. Andrés solo quería salir de ahí. Cuando llegó la noche y pudo ir a dejar a su invitada, le pidió disculpas por el mal comportamiento de su padre, aunque sabía ella que nunca más querría volver a su casa. Llegó muy enojado, le reclamó a su mamá por no intervenir, por dejar que su esposo fuera así cada vez que había invitados en casa, y ella le contestó: “¿Para qué traes visitas, si sabes cómo son las cosas aquí?”. Sí, definitivamente era su culpa.

De pronto, se sintió envuelto en una dulce fragancia que lo sacó de sus pensamientos. Se dio vuelta y la vio, iluminada por la luz de la luna que destacaba aún más su belleza. Era definitivamente una criatura perfecta, esta vez no tendría miedo. Tomó de un sorbo todo lo que le quedaba en el vaso y se le

acercó, decidido.

—Hola, ¿también necesitabas aire?

Gabriela no se había percatado de su presencia, por lo que se sobresaltó al oír aquella voz. Miró sus ojos oscuros y la sonrisa dibujada en su rostro, esta última le pareció algo forzada. Algo había en aquel extraño que la inquietaba y le hacía sentir una especie de escalofríos. Recordó las palabras de Beatriz, pero esta vez era distinto, no era su culpa topárselo afuera, y no podía dejarlo hablando solo... sería una falta de educación.

—Sí, adentro estaba un poco sofocante.

—Me llamo Andrés, ¿y tú?

—Gabriela, mucho gusto.

Le extendió la mano para demostrar madurez, pero Andrés tomó su mano y la besó. Gaby sintió algo extraño, se puso nerviosa... no supo qué hacer.

—Gabriela, eres muy bonita. Disculpa que sea tan directo, la verdad nunca lo soy, pero tú llamaste mi atención, y como no sé si te voy a volver a ver, aprovecho de decírtelo.

—Gracias... tú... ¿Eres primo de Javier?

—Sí. Vine a pasar el verano acá, y... te vengo a conocer cuando ya está por terminar. Siempre con mi mala suerte, pero más vale tarde que nunca ¿cierto?

—¡Ja, ja, ja, ja! No sé... yo... voy a entrar, me dio un poco de frío.

Andrés vio a Gabriela alejarse, le agradó su propia osadía, pudo hablarle y ser galán sin siquiera dudarlo, un gran primer paso. Pensó en entrar y sacarla a bailar, pero no era muy bueno en eso, ni siquiera le gustaba la música que estaba sonando, entonces se le ocurrió escribir su número en un papel y pasárselo. Bajo el número, agregó una breve nota:

“Me gustaría seguir hablando contigo. Aquí está mi número para que me agregues a Whatsapp. Háblame a cualquier hora, estaré esperando ansioso. Andrés”

Entró a la fiesta y se acercó a ella, decidido.

III

Gabriela estaba recostada sobre su cama, mirando la nota. La daba vueltas en sus manos tratando de encontrarle algún sentido, pero no encontraba nada fuera de lo normal. Abrió su notebook y lo buscó en *Facebook*, entre los amigos de Javier, pero no tuvo éxito. Siguió mirando el número y pensó: “me besó la mano, en las películas solo los príncipes lo hacen, no puede ser tan malo, además Beatriz no lo conoce, solo lo encuentra raro porque era el único que en vez de mirarla a ella me miraba a mí. Tal vez estaba celosa...”.

Recordó el escalofrío que sintió cuando le tocó el brazo, y la sensación que tuvo cuando le besó la mano.

“Tal vez sea amor a primera vista, porque nunca me había pasado. A lo mejor no. ¿Cómo saberlo?”

Solo había un modo. Agregó el número a sus contactos y le escribió rápidamente para no arrepentirse.

“Hola, no sé si te acuerdas de mí, nos conocimos en la fiesta del sábado”

“Gabriela, que bueno que me contactaste. Esperaba que lo hicieras ¿cómo estás?”

“Bien, gracias ¿y tú?”

“Ahora bien, porque me escribiste, pero la verdad es que no me gusta mucho esto de la tecnología, prefiero ver a la persona con la que hablo, ¿te parece que nos juntemos un ratito en la plaza?”

Gabriela no supo qué responder, escribía y borraba los mensajes escritos, nerviosa. No sabía si era tan buena idea juntarse con Andrés, había “algo” que la hacía dudar, pero no sabía bien qué era. Finalmente, se le ocurrió una gran solución:

“¿Por qué no me agregas a Facebook? Así podemos hablar por web cam.”

“No tengo Facebook, me parece absurdo enterarse de la vida de gente que ni siquiera me importa y, que esa misma gente, sepa de mis cosas. Son estupideces del mundo moderno”

Gabriela se sintió tan tonta, tan inmadura ¿Qué diría Andrés si supiera que se pasó una hora tratando de encontrarlo en la red social? Obviamente pensaría que era una cabra chica y se le acabaría el interés por ella. Así que antes de que su admirador se decepcionara, le dijo:

“¿A qué hora en la plaza?”

“¿Puedes ahora?”

“Puedo en una hora más”

“Ok, te estaré esperando”

Soltó el teléfono y corrió a su closet, necesitaba cambiarse rápido de ropa para verse linda y no decepcionarlo, pero a la vez tenía que usar algo casual, la idea era que no supiera que necesitaba cambiarse para verse bien. Bajó corriendo

las escaleras y una vez que llegó a la puerta se encontró con su mamá. Le dijo que iría a casa de Beatriz porque se sentía muy sola desde que había terminado con su pololo. Su mamá la miró y le dijo:

—¿Estás segura de que vas a ver a Bea? Estás muy arreglada como para ir a ver a una amiga...

—Obvio que sí, mamá, igual ya estoy grande. Me tengo que preocupar por mi apariencia, ¿o no?

—Supongo que sí. No me gusta que te juntes tanto con esa niñita, es tan agrandada... ustedes no están en edad de andar mirando hombres, mucho menos de pololear y andar con problemas amorosos.

—Mamá, ya estoy grande, y Bea tiene diecisiete, está a meses de ser mayor de edad.

—Por eso no me gusta, tú sabes que me preocupo por ti, y que te voy a mantener bajo mi cuidado todo el tiempo que me sea posible.

—Mmmmm sí, lo sé. Siempre me lo recuerdas. Te quiero, mamá.

Gaby besó la mejilla de su madre y salió corriendo en dirección a la plaza. Paró en la esquina y se asomó sigilosamente, vio a Andrés sentado en un columpio y su corazón dio un vuelco. Tomó aire y se acercó tranquilamente, fingiendo que estaba todo en orden, aunque en realidad temblaba de nervios. Lo saludó con un beso en la mejilla y se sentó en el columpio de al lado para que no se notara el temblor de sus piernas.

—¿Siempre eres tan impuntual?

—¿Impuntual? Llegué justo a la hora que te dije... ¡Que eres exagerado!

Andrés la miró, serio, y respondió cortante:

—No soy exagerado, solo me gusta que las personas cumplan con lo que dicen, en este país eso es mucho pedir... pero bueno, ya estás aquí... Es rico verte de nuevo.

Hablaron por largo rato, sobre sus familias, sus temores, sus deseos. Con cada palabra, Gaby se sentía más envuelta en una especie de nube, quería seguir escuchando a ese hombre tan maduro, que sabía exactamente lo que quería hacer. Le dio lo mismo que no quisiera ser profesional, eso de la educación de mercado y del consumismo excesivo tenía sentido. Se sentía tan tonta por querer ser parte de una sociedad así, tan utilizada por sus profesores y hasta por sus padres, quienes lo único que quieren es tener a alguien que los sustituya en una sociedad enferma, egoísta e individualista. Cada frase que él decía cobraba un nuevo sentido en su cabeza. Sabía que se hacía tarde, pero no le importó, quería seguir allí, estaba cautivada por Andrés, es más, no se sentía solo cautivada, estaba segura que lo que sentía era amor. Sí, se había enamorado perdidamente de él.

IV

—¿Estás loca? ¿Cómo que enamorada? Te dije que ese tipo es raro, además no lo conoces, ¿has hablado con él apenas un par de veces!

—Tú tampoco lo conoces Bea, es tierno, es maduro es, es... perfecto...

—Es raro, no me da buena espina.

—Yo creo que estás celosa porque me miró a mí, estás acostumbrada a tener la atención de todos, pero él te ignoró... ya, no quiero seguir hablando contigo

Gaby salió corriendo de la casa de su amiga, dio un portazo y se fue. Beatriz se quedó sin habla, no podía creer lo que le había dicho Gabriela. Siempre habían sido amigas y sabía que era un error el que estaba cometiendo. Andrés no era una buena persona, eso era un hecho. Se propuso investigar todo lo que fuese posible para demostrarle a su amiga que estaba equivocada.

Cuando la joven volvió a su casa, encontró a sus padres viendo una película. Estaban abrazados frente a la tele. Hace muchos años que estaban juntos, y nunca los había visto pelear. Su papá era seis años mayor que su mamá y eran inmensamente felices. Ella y Andrés se llevaban apenas por tres años, bueno casi cuatro. La verdad era que él estaba a menos de un mes de cumplir diecinueve, pero no sería un obstáculo, podrían ser felices, tener una hija, o tal vez dos. Ser hija única, en su experiencia, era aburrido, así que tendrían dos. Podrían vivir en una casa con jardín y ahí jugarían los cuatro. Estaba segura de que serían inmensamente felices.

Cerró la puerta de su pieza, revisó su teléfono para ver si es que tenía algún mensaje de Andrés, y como cada noche de los últimos días, ahí estaba:

“Buenas noches mi Ángel, que descanses, nos vemos mañana”

Apretó el celular a su pecho y se tiró en la cama. Se sentía tan bien, tan feliz... Ni siquiera extrañaba a Bea. Le encontraba razón a Andrés respecto a lo que habían conversado; que solo se necesitaban mutuamente, ella sabía en el fondo de su alma que era verdad, además, ahora que él se lo había mencionado, caía en cuenta de que Beatriz nunca había sido su amiga de verdad, porque siempre trataba de sobresalir. Andrés era muy intuitivo y se había dado cuenta de eso solo con mirarla, sabía también que ella no quería que se le acercara, porque le gustaba ser la única con pololo y quería que sus “amigas” la envidiaran. Al principio, a Gaby le parecía una teoría absurda, pero terminó por creerla, de todas formas, su amado no tenía motivos para inventar algo así.

Gabriela solo estaba preocupada por el inicio de clases, ya quedaba menos de una semana para entrar al colegio y no tendría tiempo para ver a Andrés. Sintió miedo de que este se aburriera de salir con una chica que aún no terminaba la enseñanza media.

Durante los últimos días que tenía libre, trató de pasar el mayor tiempo posible con él, y a Andrés le gustaba que fuera así. Quería que solo estuvieran los dos, sin que nadie los molestara, y ella era feliz con esta idea.

—Gaby, tengo que contarte algo —le dijo un día—. Hablé con mis tíos y me dijeron que me puedo seguir quedando aquí, siempre y cuando busque trabajo.

—¿En serio? ¡Pero qué buena noticia! Podremos pasar más tiempo juntos.

—Parece que no escuchaste bien. Tengo que buscar pega, eso me va a quitar un montón de tiempo. Yo preferiría irme al campo, con menos gente y más paisajes verdes, en vez de estar gastando mi vida aquí... Al menos me servirá para juntar plata para que podamos irnos juntos.

—Sí, sería lindo, salir de cuarto medio y viajar juntos a buscar nuestra propia vida.

—¿Salir de cuarto medio? ¡Pero si recién vas a entrar a segundo! Ya te he dicho que no necesitas tantos estudios, al final el colegio es un invento de la sociedad que para lo único que sirve es para formar ovejas que obedezcan en todo al gobierno.

—Ya, no empieces con eso. Es obvio que tengo que terminar el colegio, porque sin cuarto medio no voy a poder hacer nada...

Andrés la miró fijamente, su rostro comenzó a enrojecer.

—¿Que no empiece con qué? ¿Para ti es un chiste todo lo que te he dicho? —alzó la voz.

—Pero, mi Amor, no me grites, me asustas.

Andrés cerró los ojos y trató de calmarse, sabía que no era la mejor manera de llegar a ella. Tomó aire y le habló calmadamente.

—Perdón, es que estos temas me apasionan, tú lo sabes.

Sonrió para mostrar que estaba todo bien, pero en el fondo, Gaby sabía que no era así. No era la primera vez que le gritaba, pero, de seguro era por lo que él decía; que era demasiado apasionado con algunos temas que, a ella le costaba entender, lo intentaba, pero era difícil cambiar su perspectiva de la vida de un momento a otro, no obstante, creía que Andrés tenía razón en todo lo que decía.

Andrés sentía que Gabriela era demasiado inmadura para hablar de algunos temas, pero aun así, sentía que era la única persona en el mundo que lo comprendía y aceptaba tal como era. Aunque había veces en que sus niñerías lo sacaban de quicio y reaccionaba de mala manera. Para Andrés, esa era la única forma eficaz de hacerse entender, así lo habían hecho sus padres con él, y había servido. Cuando era pequeño, su papá se encargaba de tomar todas las decisiones de la casa, su mamá solo acataba y, aunque muchas veces quiso que su madre lo defendiera o diera su opinión, eso jamás pasó, y aun así las cosas funcionaban. Ahora, más que nunca, comprendía la forma de actuar de sus padres, y le agradaba. Gabriela quería hacer muchas cosas en la vida, pero poco a poco le iría mostrando la manera en que funcionaba la vida real y se adaptaría a lo que les tocara vivir.

A los pocos días, Gabriela entró a clases y él tuvo tiempo para buscar trabajo, se demoró un par de semanas, pero finalmente entró a trabajar en una construcción. Era un edificio que estaba a veinte minutos de su nueva casa y a media hora del colegio de Gaby, como trabajaría por turnos, tendría tiempo de ir a buscarla de vez en cuando. Desde que ella había entrado al colegio trataban de verse cada vez que sus horarios coincidían. Los padres de Gaby no la dejaban pololear, por lo que era cada vez más difícil, y la famosa Bea andaba siempre por ahí, rondándolos. Si bien, había convencido a Gaby de que no era una buena junta, sabía que era cuestión de tiempo para que volvieran a hablar y tendría que disputarse su tiempo con ella. La idea no le gustaba, así que decidió buscar la manera de que Bea saliera de sus vidas.

Un día, en que coincidió su horario con la jornada escolar de Gaby, se bañó y calculó el tiempo necesario para llegar antes de que saliera. Cuando llegó a la puerta del colegio vio a varios escolares con sus sofocantes uniformes y agradeció ya no ser parte de ellos. De pronto, escuchó la risa de Gabriela, la divisó a lo lejos caminando por un pasillo, iba tan linda como siempre, por lo que no pudo evitar esbozar una sonrisa, pero esta no tardó en esfumarse al ver a un completo desconocido pasar su brazo por sobre los hombros de su polola. Lo consumió la ira, pero tomó aire y decidió no acercarse de inmediato. Cruzó la calle y se escondió detrás de un auto. La vio salir abrazada de su acompañante, pronto se les unieron otras personas, seguramente eran todos compañeros, porque hablaban con total naturalidad. El tipo que abrazaba a Gaby la soltó después de un momento y abrazó a otras dos jovencitas mientras compraban. Luego hicieron un grupo y se fueron todos juntos, para su sorpresa, no rumbo al paradero, si no en dirección a un pasaje en el que se perdieron de su vista.

Esperó unos segundos y cruzó la calle para seguir espiando a los estudiantes, tratando de no despertar sospechas en las personas a su alrededor. Al final del callejón, había una plaza en la que los jóvenes estaban sentados conversando alegremente, sintió mucha rabia, porque esos minutos, Gaby los podría haber pasado con él, pero ni siquiera lo había llamado por teléfono, es más, parecía estar más alegre con ellos que cuando estaban juntos. Se le ocurrió llamarla, pero no contestó, ni siquiera miró su teléfono. A los ojos de Andrés, para ella era más importante estar con sus amigos que verlo.

Andrés se dio cuenta de que la gente a su alrededor comenzaba a irse, por lo que decidió esperar a Gaby en la plaza cercana a su casa, por la que obligadamente tenía que pasar la joven. Al rato llegó Gabriela, en cuanto vio a su pololo corrió a sus brazos, pero este la rechazó violentamente.

—¿Por qué vienes recién llegando? Saliste hace rato del colegio.

—Pero, mi Amor, ¿qué pasa?

—Respóndeme.

—Porque me tenía que poner de acuerdo con mis compañeros para hacer un trabajo.

—¡Mentira! Fui a buscarte y te vi.

—¿Me viste en qué? No estaba haciendo nada malo.

Andrés no pudo contener su rabia, todo se tornó rojo, sus manos temblaban de ira. Le tomó fuertemente la cara y a escasos centímetros le gritó:

—¡Vi que estabas abrazada con otro y te fuiste con él! ¡Me estabas engañando! ¡Sé que estás saliendo con ese pendejo! ¡Sé que me engañas, eres una puta, por eso te gusta tanto ir al colegio!

Gaby, confundida, retrocedió sin saber que decir, sin saber cómo actuar. Jamás había visto a Andrés tan enojado. Por su parte, él estaba enajenado, no era capaz de reconocerse, sabía que eso no era lo que había visto, pero no le importaba. Estaba seguro de que al tratarla de esa manera, ella confesaría si estaba viéndose a escondidas con otros hombres.

Gabriela no entendía lo que pasaba, mientras Andrés le gritaba, intentaba recrear en su mente cada paso que había dado desde su salida del colegio, sin embargo, no encontraba nada que justificara el modo en el que estaba actuando su pololo. Tenía que decir algo para tranquilizarlo, pero no se le ocurrían nada, hasta que, de pronto todo comenzó a ocurrir en cámara lenta; vio que Andrés levantaba su brazo, ya no lo escuchaba gritar a pesar de que seguía haciéndolo, vio el dorso de su mano acercándose a su rostro, cerró los ojos y apretó los dientes, pero no sintió nada. Cuando los volvió a abrir, la bofetada cayó con fuerza en su cara. La sangre se le heló, su cuerpo dejó de responder y cayó sentada a los pies de su agresor. Puso sus manos en la zona recién golpeada y sintió la piel ardiendo, sus ideas eran confusas, no sabía qué pensar, qué sentir, solo quería regresar a su casa, pero sus piernas no respondían. Vio que Andrés se le venía encima de nuevo, cerró los ojos con fuerza y preparó su cuerpo para recibir la siguiente agresión, pero no fue eso lo que recibió, sino un abrazo.

—¡Perdón, perdón, perdón!, no sé qué me pasó. Tú sabes que sería incapaz de hacerte daño. Gaby, mírame. ¿Estás bien?

Sorprendida, abrió los ojos y se encontró con los de Andrés, negros y húmedos. Lo miró por unos instantes.

—Tuve un día complicado y, verte abrazada con otra persona me descolocó... además no dijiste nada para defenderte, fue eso... Pero tú sabes que jamás se me pasaría por la mente hacerte daño. Gaby, tú eres mi Ángel, mi luz, todo lo que quiero es ser feliz a tu lado. Es más, quiero ir a hablar con tus papás y pedirles permiso para pololear contigo, ¿qué te parece?

—¿De verdad? ¿Harías eso por mí?

—Obvio que sí, mi Amor, lo que sea para que me perdones... ¿Me perdonas? Andrés la miró con ojos de cachorrito, Gaby no pudo más que sonreír.

—Sí, te perdono, pero nunca más puede pasar algo así.

—Te lo juro, Amor, nunca más.

Lo abrazó con fuerza, lo miró a los ojos y le dijo muy seria:

—Juan es solo un amigo, nos abraza porque nos tiene cariño. Lo conocemos desde la básica, además tiene polola, ella es nuestra amiga también y no se enoja porque confía en él. Quiero que seamos así también.

—Sí, mi Ángel, lo que tú digas. No me gusta que te abrace, pero lo entiendo... pero, ¿podrías hacer un esfuerzo por ser menos cariñosa con él? Yo lo haría por ti, lo sabes.

—Mmmm... Está bien, pero no te acostumbres.

Se pusieron de pie. Se miraron, sonrieron y juntaron sus labios en un largo

beso. Caminaron lentamente hacia la casa de Gaby, pero la joven lo detuvo en la esquina.

—Espera, les voy a contar de ti primero, les diré que estamos saliendo y otro día vas a hablar con ellos. Si vas ahora se lo pueden tomar mal...

—Está bien, les hablas hoy, y yo vengo mañana a presentarme. Así no nos seguimos escondiendo y podremos vernos más.

Los jóvenes se despidieron tiernamente. Gaby no podía creer que Andrés la tomara tan en serio como para presentarse ante sus padres, eso significaba que la amaba, pero... ¿Y el golpe? Andrés se lo había explicado, fue un mal día, sumado a un mal entendido. Sabía que no era normal, pero fue solo una bofetada y se arrepintió de inmediato. Fue solo una tontería. No debía preocuparse más por eso, lo importante ahora era enfocarse en cómo hablaría con sus padres.

Gabriela estaba ansiosa por contar a sus papás que estaba saliendo con un joven tan interesante como Andrés. Decidió decirle primero a su papá y luego a su mamá. Sabía que su padre era mucho más flexible y que, ante la batalla que desataría su madre, era bueno contar con un aliado. Lo invitó a caminar un poco para que su mamá no los escuchara. Salieron y emprendieron un silencioso camino. Después de unos minutos, Raúl, su padre, comenzó la conversación de la forma más trivial y amena que pudo, conocía a su hija y sabía que quería hablar acerca de algo que la preocupaba, por lo que se mostró afectuoso y paciente. Amaba a su hija y quería que ella sintiera la confianza suficiente como para contarle cualquier cosa, por grave que fuera, incluso si le estaba yendo mal en el colegio, o había alguna persona que la estuviera molestando. Él estaría ahí para apoyarla.

Mientras Raúl hablaba, Gaby únicamente asentía mirando al suelo, solo pensaba en las palabras que debía usar para decirle a su padre que estaba viéndose con un muchacho mayor que ella, e intentar convencerlo para que accediera a hablar con él.

—Está lindo el día... ideal para caminar, la compañía es buena, no me puedo quejar —Gaby permanecía en silencio—, es todo lo que un hombre podría querer, salir a caminar con su hija y... ser ignorado... Gaby... Gaby, ¿pasa algo?

Las últimas palabras de su padre la sacaron de su concentración y lo miró espantada.

—Nada... no pasa nada ¿Qué podría pasar?

—Gaby tienes quince años, te conozco desde antes de nacer... dime qué pasa. Gaby tomó aire y comenzó a hablar.

—Papá... desde hace un tiempo, no mucho... estoy saliendo con alguien... es el primo de Javier, ¿te acuerdas de él?... es de confianza... no es un extraño... es tierno... es...

—Para, para, para... déjame ver si entendí ¿Estás pololeando?

—Pero hace poquito.

—Ese no es el punto, hija, da lo mismo el tiempo, el tema es que nos mentiste. Pensé que confiabas más en nosotros.

—Papito, en ti sí, pero tú sabes cómo es la mamá, por eso no les quería decir.

—¿Cómo se llama? ¿Qué edad tiene?

—Andrés. Tiene diecinueve... bueno los cumple en unos días más.

—¡Diecinueve! Es muy grande para ti. Eso no me gusta, están en edades distintas y, obviamente, esperan... cosas distintas en una relación.

—¡Papá! —exclamó Gabriela, sonrojándose al percibir lo que su padre

intentaba decirle— Andrés me respeta, no me obligaría a hacer nada que yo no quisiera.

Raúl suspiró mirando a su hija. No podía creer lo mucho que había crecido. Le acarició la cabeza, sonrió y caminaron de vuelta a casa. Sabía que sería complicado conversar con su esposa sobre el tema, pero sabía también que ella comprendería.

Cuando llegaron, María veía la televisión, los vio entrar y sonrió.

—¿Salieron sin mí? Y yo que los quería regalinear con unas galletitas...

Raúl miró a su hija, sonriendo, le guiñó un ojo para que se sintiera protegida por él. Se sentaron cerca de María y Gaby comenzó a relatarle lo mismo que le había dicho antes a su papá, sin embargo, la reacción fue muy distinta. María cambió su expresión alegre por una de preocupación y comenzó a gritar antes de que su hija terminara de hablar.

—¿Cómo que pololeando?! ¿Y más encima con alguien mayor?... Tú no sabes nada de la vida, ¿para qué crees que te quiere? ¿Solo para darte besitos?

—María, basta —intervino Raúl—, déjala hablar.

—Claro, y tú le avalas todo, ¿cierto?

—Tampoco me gusta la idea, pero está creciendo y debemos darle su espacio; escucha a tu hija.

Gaby comenzó a llorar, no entendía la razón por la que su madre reaccionaba así, pero tenía que convencerla de que Andrés era una buena persona.

—Mamá... mamita... Andrés no es así. Él me quiere y me respeta, de hecho, quiere venir a hablar con ustedes para que estén tranquilos.

—¡Por supuesto que no! No quiero a ese tipo en esta casa. Ni ahora, ni nunca. Tú no sabes cómo son los jóvenes de su edad, deberías estar pensando en estudiar en vez de andar pololeando. Sabía que esa niñita Beatriz era una mala junta para ti. ¡Todo esto es su culpa!

—Mamá, la Bea no tiene nada que ver, ni siquiera la he visto. A Andrés tampoco le gusta que me junte con ella, porque quería alejarnos, así que estamos peleadas.

—Bueno, no confío en ese tal Andrés, no me gusta...

—Ni siquiera lo conoces, lo voy a traer mañana...

—Te dije que no... No lo quiero aquí y menos cerca de ti. Ándate a tu pieza, estás castigada.

La joven subió corriendo las escaleras, las lágrimas empapaban su rostro. No podía creer lo injusta que era su madre. Raúl, por su parte, se quedó conversando con María, sabía que la mejor opción, era consentir a la adolescente con respecto a permitirle tener una relación. De esa manera, podrían mantener a los jóvenes cerca y tener algún grado de control sobre ellos, pero su esposa seguía firme en

su postura. Consideraba que su hija aún era muy pequeña para estar enredada en asuntos amorosos, se negaba a dejarla crecer tan rápido.

Aún no terminaba la discusión entre Raúl y María cuando, de pronto, la mujer se levantó con la excusa de que necesitaba salir a tomar un poco de aire. No quiso compañía, necesitaba despejar su mente. En ese mismo momento, Gaby le escribía a Andrés para relatarle lo que había ocurrido en su casa.

VIII

Beatriz no podía creer que la madre de Gabriela estuviera en su casa, sabía lo mucho que la detestaba, por lo que se sorprendió al verla sonreír por primera vez desde que la conocía.

María, por su lado, pensó que la única forma de alejar a su hija de Andrés, era mediante su amiga; sabía que Beatriz tenía cierta influencia sobre Gaby, motivo por el cual no le gustaba mucho su relación, pero dada la situación, debía aliarse con ella. Prefería que Gabriela pasara tiempo con una amiga antes que con un pololo, así que optó por el mal menor y decidió convencer a Beatriz de que tenían que separar a Gaby de su supuesto amor.

—Tía, que sorpresa verla aquí. La Gaby no está... no le he visto desde hace tiempo...

—Sé que no está aquí, sé perfectamente donde está mi hija. No vine por eso.

Beatriz tomó aire e hizo un desprecio para demostrar que no estaba dispuesta a dejar que le hablara así. María se dio cuenta de que no era bueno amedrentarla si quería lograr su objetivo, así que cambió su tono. Le relató lo que había pasado y lo mucho que le molestaba esa relación.

—No conozco a ese tipo, pero sé que no es para mi hija. Es más bien para ti...digo... por la cercanía de edad... es mucho más cercano a ti que a ella.

—Ah... sí, claro... entonces, ¿usted quiere que yo le quite el pololo a su hija?

—En ningún momento dije eso. Solo quiero separarlos, si pololeas o no con él, es asunto tuyo.

—La verdad, a mí tampoco me gusta Andrés para la Gaby, ni para nadie, por eso peleamos, porque no la apoyo en su relación. De hecho, estuve averiguando cosas con su primo y algunas otras en internet. Andrés viene de un hogar disfuncional, con mucha violencia, generalmente por eso se queda acá todo el verano, esta vez se quedó por la Gaby. El tipo es raro, no le gustan las redes sociales y tiene un discurso anti mercado muy arraigado, es muy impulsivo, obsesivo y posesivo. Estuvo muchos años en tratamiento con un psicólogo, pero a sus papás no les interesó continuar el tratamiento, puesto que no veían cambios y significaba un gasto. Es todo lo que sé, no tengo nada más para hacer entrar en razón a la Gaby.

—Pero no está mal, podemos seguir averiguando, o inventar cosas, la Gaby es muy inocente, no dudaría de nosotras.

—No lo sé, está como embrujada por ese tipo, yo creo que hay que complicarles el pololeo para que Andrés se aburra y la deje. La Gaby va a sufrir, pero al menos la alejaríamos de él.

Se dieron la mano en señal de sociedad. María estaba más convencida que

nunca de que debía proteger a su hija. Volvió a su casa, donde la esperaba su marido, él era muy complaciente con Gaby, por lo que decidió que no debía enterarse de su conversación con Bea. Cuando llegó, se abrazaron y se sentaron juntos en el sillón.

—Deberías dejarla, entre más trabas le pongamos, más se va a encaprichar con ese niño.

—¿Niño? Es un hombre, eso es lo que no me gusta. La Gaby es mi niñita, y ese tipo no tiene ningún derecho a acercarse, es más, deberíamos denunciarlo.

—La Gaby nunca te lo perdonaría. Déjala, va a pasar un tiempo y se va a aburrir de él. Volverás a tener a tu niñita. Tranquila.

María guardó silencio. Pensaba en la forma de alejar a su hija de aquel tipo. Consideraba que Gabriela era demasiado niña e inocente como para estar pololeando, pero ella lo solucionaría. Ya encontraría el modo.

Al llegar a su casa, Andrés se dio una larga ducha. Necesitaba pensar con claridad en lo que había pasado esa tarde en la plaza. Se sentía confundido, nunca pensó golpear a su polola, pero lo había hecho. Lo peor, era que no sentía culpa. Sabía que estaba mal y obviamente no tenía intenciones de hacerlo de nuevo. Trataba de buscar en su cabeza qué lo había llevado a actuar así; repasó cada palabra de la conversación que tuvo con ella y llegó de nuevo a la misma conclusión: Gaby lo había provocado y él, como hombre, solo reaccionó. Salió del agua, y mientras se secaba pensaba en Gabriela. Esperaba que ella, su Ángel, no lo volviera a humillar así, porque no quería volver a agredirla. Ese golpe sirvió, en aquel momento, para descargar su rabia, pero no era la mejor manera de solucionar las cosas. No quería convertirse en su padre.

Entró al cuarto que compartía con Javier y, de inmediato, notó que algo lo tenía inquieto. Comenzó a hablarle de cosas triviales, para ver si se relajaba un poco y decidía contarle lo que le pasaba. Lo consiguió; su primo tenía un carácter muy dócil y no tardó en contarle que Bea había estado haciéndole preguntas de él y su familia.

—Yo creo que tiene que ver con la Gaby, es lo único que se me ocurre.

—¿Qué la Gaby la mandó?

—No, yo creo que quiere hacerlos pelear, porque insistía en saber cosas malas de ti.

—¿Y tú, qué le dijiste?

—Nada, no había mucho que contar.

—Muy bien, sigue así, no quiero que sepa nada de mí. No me gusta esa mina, no quiero que se ponga en la buena con la Gaby, desde que se alejaron, las cosas van muy bien. No me gustaría que tuviera que dividir su tiempo entre nosotros dos.

Javier observaba a su primo. La verdad era que siempre lo había admirado, pero ahora que estaban más grandes, no le encontraba nada de especial, incluso lo aburría un poco, sin embargo, le daba lástima la vida que había llevado y le gustaba tener la compañía de quien consideraba casi un hermano mayor.

Una vez, cuando eran pequeños, siguió a su primo hasta una plaza cercana a la casa de sus tíos. Recordaba haberlo visto lastimar a un perro, sintió miedo de acercarse, pensó que podría lastimarlo a él también. Escuchó al perro gemir de dolor, pero por más que trataba de escapar, no lograba huir del cruel e injustificado castigo. Cuando se cansó de hacerle daño al pobre animal, caminó de vuelta a casa, Javier lo vio acercarse y corrió para llegar antes. Cuando este llegó y lo vio, se sentó en el suelo para jugar con él. A veces no sabía si era un

recuerdo o un sueño, pero aún podía escuchar los quejidos del inocente perro. Tiempo después, escuchó sobre un caso similar a lo que había observado en la conducta de Andrés y, según una reconocida psicóloga, un niño reaccionaba de manera violenta con otros debido a tener que sobrellevar una vida de malos tratos. Pensó que su primo era una víctima de sus padres, y merecía la oportunidad de vivir en un hogar cariñoso, en el que se sintiera apoyado. Fue justamente esto último lo que le llevó a contarle a su primo acerca de la conversación que había tenido con Bea. Además, no lo creía capaz de dañar a Gaby, sabía lo enamorado que estaba de ella y lo bien que le hacía.

Andrés, echado en la cama leía los mensajes que su polola le enviaba para contarle lo mal que había reaccionado su mamá con la noticia. Le molestó su intransigencia y que quisiera separarlos sin siquiera darle la oportunidad de que hablaran.

Salió a caminar y llamó a Gaby, quería verla, pero ella no podía salir de su casa, quiso ir a hablar con su suegra, pero los ruegos de Gaby lo hicieron desistir. Pensó en las razones que tenía para odiarlo tanto y de pronto surgió la imagen de Bea, se enfureció y caminó decidido hasta su casa. Iba rápido y mientras más avanzaba, más se enfurecía. ¿Quién se creía ella para difamarlo y ponerlo mal con la familia de la mujer que amaba? Llegó hasta la puerta y llamó con rabia. Bea salió extrañada y apenas se acercó a Andrés, este comenzó a gritarle.

—¿Con qué derecho andas averiguando cosas de mí? ¿Qué le dijiste a la mamá de Gaby? ¿Por qué ella no quiere hablarme? ¡Dime!

Beatriz lo miraba tironear la reja de su casa mientras su tono se elevaba cada vez más.

—¿Y quién te crees tú para venir a hablarme así a mi propia casa? ¿Qué te pasa, enfermo? A mí nadie me grita, mucho menos tú que ni siquiera me conoces.

Andrés la miró sorprendido, no esperó una reacción tan fuerte de parte de una mujer, la miró y le habló más calmado.

—No quiero que te acerques a mí, a mi familia o a mi polola.

—Eso último lo decide ella, no tú. Ahora ándate y déjame tranquila.

Beatriz entró a su casa, cerró la puerta y dio un soplido, estaba temblando. Nunca le habían hablado de manera tan violenta. Tuvo miedo, pero esa desquiciada reacción confirmaba sus sospechas: Gaby estaba en peligro.

Corrió hasta su pieza y llamó a su amiga.

—Hola Gaby, antes de que me cortes, escúchame por favor.

—¿Qué quieres?

—Quiero que conversemos, te echo de menos. Somos amigas, las amigas se escuchan, se cuidan y por sobre todo confían las unas en las otras.

—¿Yaaaa? No sé qué decirte, yo he estado de lo más bien sin ti. Con mi pololo lo pasamos genial.

—Gaby, Andrés estuvo aquí, me gritó y me amenazó para que no me acerque a ti, yo creo que...

—Ya empezaste de nuevo con lo mismo. Andrés me quiere, jamás me haría algo malo, así que no me vuelvas a llamar para hablarme mal de él.

Gaby colgó el teléfono e inevitablemente vino a su cabeza la escena de la plaza. Luego recordó que Andrés se había disculpado y justificado su reacción. Sí, estaba segura; eso jamás volvería a ocurrir y, mientras su supuesta amiga no lo creyera, no volvería a hablarle.

El día del cumpleaños de Andrés había llegado, Gaby hizo todos los arreglos necesarios para poder verlo, le compró un peluche que decía “te amo” y unos chocolates. Se escapó del colegio y corrió al paradero, fue a buscar a Andrés a su trabajo para darle una sorpresa. Lo esperó en la puerta, y apenas salió, corrió a abrazarlo y felicitarlo, pero la reacción de su pololo fue muy distinta a lo que imaginó, la tomó del brazo con rudeza y la llevó hasta una esquina.

—¿Cómo se te ocurre llegar así? ¿Qué quieres? ¿Qué se rían de mí, que me molesten? Eso quieres, ¿cierto? y más encima con un peluche, ¡eso es para minas! ¿Viste que en el colegio te roban la identidad y no te dejan pensar?

Gaby miraba al suelo, entre sollozos le dijo que solo quería sorprenderlo, que le había costado mucho ir hasta allá sin ser descubierta y juntar la plata para comprar el regalo. Andrés le tomó el rostro con suavidad y le levantó la cara para poder ver sus ojos, sonrió y le limpió las lágrimas.

—Lo sé, mi Ángel, no es tu culpa, la culpa es de los medios que te obligan a ser consumista. Yo no necesito esto —dijo apuntado al peluche—, quiero un regalo que no te cueste dinero y... que solo tú me puedas dar.

Gaby lo miró extrañada, al principio no le entendió, pero la mirada pícara en el rostro de Andrés le dio una pista.

—¿Quieres...que... *lo* hagamos?

—Sí. Estamos pololeando hace tiempo, es lo normal ¿No te parece?

—Pero, Andrés, igual yo soy muy chica para eso.

—Gaby, ese es el mensaje que trata de vender el mundo moderno. Antiguamente las mujeres de tu edad ya tenían hijos y cuidaban a sus esposos. Ahora las tratan de convencer de que lo mejor es ser empleadas en alguna empresa con sueldo de esclavas y que posterguen sus vidas. Eso no debería ser así. ¿Acaso... no me amas?

—Obvio que sí... no es eso... es solo que no sé si estoy preparada

—Mmmm debí saberlo... eres demasiado cabra chica para mí.

Gaby lo miró entre extrañada y asustada. No quería perderlo, mucho menos por ser una cabra chica indecisa. Tenía que hacer algo, y rápido.

—Está bien, hagámoslo. Que ese sea tu regalo de cumpleaños.

—¿Me lo dices en serio? No quiero que te sientas presionada.

—No. Quiero hacerlo. Dime dónde y ahí estaré.

—Linda, me encanta que seas tan madura. Déjame verlo y te aviso.

Andrés sabía que sus tíos y su primo le querrían celebrar el cumpleaños, por lo que deberían juntarse entrada la noche. Quedaron de acuerdo en que él la llamaría.

Al llegar a casa, se dio cuenta de que le habían preparado una onces, no acostumbraba a recibir muchas muestras de cariño, por lo que se sintió un poco extraño, sin embargo, le gustó la sensación de calidez que esta íntima celebración le provocaba. Habló con su primo para que durmiera en el sofá por un par de horas, le explicó lo que pasaba e intentó tener esa complicidad masculina de la que siempre se hablaba. Javier accedió, más porque era el cumpleaños de su primo que por la complicidad que éste trataba de conseguir, algo en el plan no le gustaba, no podía creer que Gaby hubiese accedido, sí, eran adolescentes y sus hormonas se anteponían a su razón, pero de ahí a concretar algo, era un trecho muy amplio.

Finalmente, sus tíos limpiaron un poco y se fueron a dormir. Andrés llamó a Gaby para decirle que la esperaba en media hora en la entrada de su casa.

Gaby, por su parte, recibió nerviosa el llamado. Se había ido a su habitación temprano fingiendo que tenía sueño, pero en realidad estaba tan nerviosa que no podría haber descansado, aunque quisiera. En sus cajones buscó ropa interior que la hiciera lucir sexy, pero no encontró nada. Todo tenía flores o dibujitos. Terminó optando por un conjunto blanco, el único sin estampados infantiles. Se vistió y se sentó en su cama, revisó varias veces su teléfono esperando el llamado de Andrés, muy en el fondo, esperaba que le dijera que no podrían verse esa noche. Estuvo tentada de llamar a Bea para preguntarle qué debía hacer, cómo actuar, pero se detuvo antes de terminar de discar el número, ella no estaba de acuerdo con su relación, por lo que no merecía compartir ese momento tan especial en la vida de toda joven.

Cuando vibró el celular, saltó de la cama y lo tomó temblando. Escuchó las instrucciones de Andrés y colgó. Fue al baño, se cercioró de que sus padres durmieran y volvió a su habitación. El tiempo pasaba lento, y no sabía bien qué hacer. Aún se debatía en su decisión de acudir o no al encuentro, pero los minutos pasaban, no había mucho tiempo para pensar y no quería discutir de nuevo con Andrés.

Abrió la ventana de su pieza y descendió por una parte de la pared antes de saltar. Sabía perfectamente dónde pisar, lo había hecho un montón de veces, pero nunca por algo tan serio. Se detuvo en el antejardín y miró la ventana de sus padres, una parte de ella quería que la descubrieran, pero dormían profundamente, lo que hacía imposible que la vieran. Se volteó, tomó aire y se encaminó a paso veloz hasta la casa del primo de Andrés. Cuando estuvo cerca, pudo divisarlo apoyado en la pared. Corrió a su encuentro y él le dio un tierno beso, luego le tomó la mano y avanzaron hasta la entrada del lugar, había que ser discretos para que los tíos no despertaran. Gaby vio a Javier en el sillón, lo saludó avergonzada, era evidente que el muchacho estaba al tanto de lo que

ocurriría. Subió las escaleras y entró en la pieza. Sus ojos brillaron al ver encendidas unas velas. Escuchó la suave música y sintió culpa por haber tenido miedo; Andrés realmente la amaba.

Se abrazaron y comenzaron a besarse, Andrés recostó suavemente a Gaby en su cama. Le levantó la blusa, pero ella la volvió a bajar rápidamente, movida por un impulso. Andrés la miró sonriendo y Gaby se disculpó diciendo que su reacción había sido un acto reflejo, por costumbre y nerviosismo. Andrés besó la suave mano, que aún sujetaba la blusa y la quitó lentamente. La muchacha se tranquilizó de a poco dejándose llevar por él.

Al verse completamente desnuda, una sensación de angustia se apoderó fuertemente de ella. Cerró los ojos e intentó concentrarse en la música para dejar los nervios a un lado y parar de temblar. Andrés se desnudó también y pronto estuvo recostado con ella, comenzaron a besarse, ella se aferró al cuello de él mientras este recorría sus piernas y muslos con avidez. De pronto sintió el peso del cuerpo de Andrés sobre el suyo, su miembro buscando su entrepierna y sus caderas empujándola en un intenso vaivén, el joven se ayudó con una de sus manos hasta que, por fin, estuvo dentro. Gabriela sintió un dolor agudo, se quejó y empujó un poco a Andrés, pero él le explicó que era normal que doliera la primera vez, que debía relajarse y confiar en él. Volvieron a intentarlo, esta vez el dolor fue mayor, pero Gaby no quiso quejarse. No pudo contener las lágrimas que brotaron de sus ojos, así que volteó la cara para que Andrés no lo notara, lo oía gemir de placer y pensó que, tal vez, ella estaba haciendo algo mal. Trató de acomodarse bajo el pesado cuerpo que la cubría, pero no disminuyó el dolor, unos minutos más tarde notó que el cuerpo de Andrés adquiría cierta rigidez, su cuerpo se tensaba sobre el suyo y al unísono comenzó a brotar un líquido de su entrepierna, por un breve instante pensó que se había orinado, producto del dolor, pero rápidamente comprendió que su pololo ya había terminado, y aquel líquido que sentía correr, era una mezcla de sangre y semen.

Andrés se recostó junto a ella, le acarició el rostro y le preguntó si le había gustado. Gaby no quiso decirle que había sido lo peor que había sentido en la vida, así que solo sonrió y se acomodó en su hombro. Él, en un rápido movimiento, se la quitó de encima.

—¿No te gustó?

—Sí, Amor, sí me gustó, pero la verdad me dolió... harto.

—Te dije que eso era normal. Siempre pasa la primera vez. La próxima vez no te va a doler.

—...

—¿Qué pasa?

—No sé si quiero hacerlo de nuevo. Solo sentí dolor, pensé que... sería

distinto.

—Eso pasa porque eres una cabra chica que piensa que todo es un cuento de hadas. Si no te gustó es porque estabas tiesa, fue tu culpa por no relajarte.

Andrés se levantó rápidamente y comenzó a vestirse. Le tiró la ropa a Gaby para que hiciera lo mismo. Ella, llorando, se vistió lentamente. Le dijo que necesitaba ir a un baño, no obstante, Andrés le dijo que fuera en su casa, que ahora la iría a dejar. Gabriela terminó de vestirse y se paró junto a él, que la esperaba en el umbral de la puerta, dándole la espalda. Bajaron la escalera y salieron sigilosamente. A pasos de llegar a su destino, la tomó del brazo y la tiró con fuerza para acercarla a su rostro. Le dio un beso forzado, luego la apartó con rabia.

—¿Qué? ¿Tampoco te gustó?

—No es eso, es que... fuiste muy brusco.

—Bueno, ¿y qué? ¿Vas a terminar conmigo?

—No...

—Obvio que no, vas a estar siempre conmigo, sobre todo ahora. Nunca me vas a poder dejar.

—Pero, si yo no he dicho eso.

—¿O qué? ¿Tú crees que tus compañeritos de colegio te van a querer?

—No...

—No poh, no te van a querer, menos ahora que estás usada.

Lo miró sorprendida, no podía creer lo que acababa de escuchar.

—Ya, ándate antes de que tus papás despierten. Y no me estés llamando por favor. Yo te llamo cuando quiera verte. Chao.

Dio media vuelta y se fue. La joven estaba consternada, caminó hasta su casa y trepó la pared hasta la ventana de su habitación. Entró, se puso pijama y fue al baño, necesitaba lavar su entrepierna. Antes de salir, se miró al espejo y comenzó a llorar. No podía comprender la reacción de Andrés y mucho menos creer que su primera vez hubiese sido así. Necesitaba a su amiga, pero no podía llamarla, Andrés se enfadaría y, definitivamente, no le gustaba verlo enojado. Volvió a su pieza y se metió en la cama. Por suerte, el día que venía era sábado, así que no tendría que levantarse temprano. Continuó llorando hasta quedarse dormida.

Andrés, por su lado, volvió a casa. Entró a su pieza, Javier ya estaba en su cama. Tomó las velas y las distribuyó por todos los lugares en los que su tía las había puesto originalmente. Volvió a su cama y se acostó. No podía dormir, sabía que había estado mal, que no debió haber reaccionado así... pero no lo podía evitar. Quería ser feliz con Gaby pero, cada vez que ella hacía algo que le molestaba sentía su sangre hervir, las ideas se le revolvían y tenía que actuar

como un energúmeno para no explotar de ira. A penas pudo dormir esa noche.

Cuando ya amanecía, decidió dejar su orgullo a un lado y mandarle un mensaje a Gaby, seguramente estaría dormida, pero quería que fuera lo primero que viera en la mañana.

La vibración del celular la hizo despertar sobresaltada, estaba nerviosa y apenas había dormido. Tomó el aparato y abrió la bandeja de entrada de mensajes.

“Mi Ángel, siento en el alma todo lo sucedido. Reaccioné así porque me esforcé mucho para que todo fuera perfecto, y a ti no te gustó. Solo quería hacerte feliz. Gracias por el mejor regalo que me han dado en la vida. Espero que me perdones, porque no sabría cómo vivir sin ti. Te amo.”

Gabriela no cabía en sí de la alegría. Sabía que ella había tenido la culpa, por no comprender el esfuerzo que él había hecho. Era lógico que se enojara, pero estaba segura de que no volvería a pasar. Respondió rápidamente el mensaje a su amor y volvió a dormir, esta vez, profundamente.

“Yo también te amo, y sí me gustó lo de hoy. Espero que lo podamos repetir pronto.”

Andrés vio el mensaje y se durmió con una sonrisa en los labios, soñando con la primera vez que había visto a Gabriela bailando con su vestido blanco, como un ángel.

Pasaron las semanas y todo fue cambiando para Gabriela. Las exigencias del colegio le dejaban muy poco tiempo libre, por lo que juntarse con su pololo era casi imposible. Andrés se impacientaba y se enojaba con ella por no esforzarse para poder verlo. Las pocas veces que podían juntarse era para discutir al respecto. En más de una ocasión él la había golpeado, disculpándose inmediatamente. Ella lo perdonaba, porque comprendía su frustración y, sabía que en el fondo era solo la impotencia de no poder verla más seguido y no poder ir a su casa. Varias veces se escapó en las noches para que pudieran estar juntos, Andrés insistía en tener sexo y a ella, a pesar de que ya no le dolía, no le agradaba. No entendía por qué el resto de la gente parecía tan obsesionada con eso, pensó que tal vez fingían que les gustaba, al igual que ella.

A veces tenían relaciones en lugares que a Gaby no le agradaban: la plaza, la parte de detrás de un auto, o algún callejón oscuro. Obviamente ella hubiese querido que sus encuentros íntimos hubiesen ocurrido en lugares lindos, con un tinte romántico; no en espacios abiertos y sitios públicos en donde se exponían a ser descubiertos, pero no se atrevía a decirlo.

El tiempo pasaba y con él, también los maltratos, aunque de a poco estaba aprendiendo la manera de evitarlos. Se había dado cuenta de que, cuando Andrés comenzaba a alterarse lo mejor era callarse y asentir, sin importar su verdadera opinión. Si aquello no resultaba, comenzaba a rodear los objetos que tenía cerca: una banca, una mesa o los juegos de la plaza. Luego debía esperar el momento apropiado, una vez que Andrés tomaba aire, se acercaba y lo abrazaba, el peligro había pasado.

Gabriela muchas veces cuestionó la normalidad del comportamiento de su pololo, pero no sabía cómo enfrentarlo. Ya no tenía a ninguna de sus amigas, se habían alejado cuando supieron de su pelea con Beatriz. Sus compañeras de colegio eran demasiado infantiles, su mamá le decía: “te lo dije” y la apartaría de Andrés, su papá se enojaría y estaría de acuerdo en alejarla de él, y ella no quería eso, ¡lo amaba! Solo quería que cambiara y dejara la violencia en el pasado. Iba pensando en esto último tocando su labio roto, ya que la última vez no había logrado escapar del puño de Andrés, cuando Beatriz la vio. Por un instante dudó en acercársele, debido al rechazo con que Gaby la había tratado las últimas veces que hablaron, pero seguía pensando que necesitaba su protección. Decidió cruzar la calle y acercarse a la que aún consideraba su amiga.

—Hola, Gaby, tanto tiempo.

—Hola... voy apurada, me están esperando en mi casa... así que...

—No te preocupes, te acompaño para que aprovechemos de conversar.

—No quiero, Bea, déjame tranquila, nos pueden ver juntas y no quiero problemas.

—Tranquila, tu mamá nunca me dice nada.

Gaby bajó la mirada, en el fondo extrañaba a su amiga, pero el temor de que Andrés se enterara de que estaban hablando de nuevo, era más grande que su deseo de estar con ella. Por un instante pensó en abrazarla y pedirle que fueran corriendo hasta su casa, pero el miedo la paralizó. Beatriz, de inmediato se dio cuenta de que algo malo estaba pasando, algo relacionado con Andrés, pero no sabía exactamente qué. La animó para que avanzaran, Gabriela la siguió. Hablaron de cosas triviales, nada importante, la idea de Bea era romper el hielo y poder indagar sobre el pololeo de su amiga. Se dio cuenta de que Gaby evitaba mirarla y se detuvo para obligarla a voltearse por completo, cuando lo hizo, pudo ver el labio roto de su amiga.

—¿Qué te pasó?

—Nada, me pegué con el cajón de mi velador.

—¿Cómo?

—No podía abrirlo... así que, lo tiré y se abrió de golpe.

—¿Y te pegó en la boca? No en la pierna, ni en la mano..., si no que el cajón te pegó en la boca...

—Sí, Bea, me pegó en la boca porque me agaché para ver por qué estaba atorado.

—¿Qué tan tonta crees que soy, Gaby? Sé que eso no fue un cajón, es obvio... ¡fue el idiota de tu pololo!

—No le digas así... Tú no lo conoces.

—Es un idiota, porque te pegó... y tú, una tonta porque lo defiendes.

A Gabriela se le llenaron los ojos de lágrimas, sintió que el peso del mundo comenzaba a caer de sobre sus hombros, abrazó a Bea y comenzó a llorar amargamente. Cuando se calmó un poco, le relató lo que había sucedido. Su interlocutora la miraba, asombrada, no podía creer todo lo que le había pasado en tan poco tiempo. Siempre supo que Andrés era extraño pero, nunca pensó que llegaría a ese punto y menos que Gabriela aguantaría ser maltratada.

—¿Te das cuenta de que hay que denunciarlo, verdad? No puedes seguir con él.

Gaby dejó de llorar de golpe, miró extrañada a Beatriz.

—¿No me escuchaste acaso? Siempre ha sido por mi culpa, y ya sé cómo contenerlo.

—No, Gaby, abre los ojos, nadie merece ser tratada así...y mucho menos sentir culpa por ello.

—Tú no has estado ahí. No sabes cómo son las cosas. Él es muy tierno,

cariñoso y muy maduro. Las veces en que me ha pegado ha sido porque soy muy infantil y no entiendo bien cómo funciona el mundo real.

—Obvio que no, ¡tienes quince años!

—Déjame tranquila, por favor, no te metas.

Gaby dio la vuelta y comenzó a correr hasta su casa. Subió corriendo las escaleras y se encerró en su pieza. No entendía por qué Bea odiaba tanto a Andrés, ella no era una mujer maltratada, nunca formaría parte de ese grupo. Andrés solo le enseñaba cómo funcionaba el mundo, quizás no de la mejor manera, pero era la única que él conocía, y ella, poco a poco lo ayudaría a cambiar, estaba segura de eso.

—¡Claro que estoy segura! ¡Ella misma me lo dijo!

—No puedo creer que ese maldito se haya atrevido a tocar a mi niñita.

Las lágrimas corrían por el rostro de María, mientras Beatriz continuaba con su relato. Las ideas revoloteaban en su cabeza, no podía pensar con claridad, solo deseaba abrazar a su hija con fuerza y alejarla de ese monstruo. Su primer instinto era protegerla, ya habría tiempo para enseñarle a cuidarse.

Beatriz finalizó la historia y, a pesar de que nunca se habían llevado bien, abrazó a María. Sabía que no era justo culparla por permitir que Gaby siguiera con esa relación y, mucho menos, echarle en cara que su marido alentara el pololeo de su hija. Lo que importaba era lo que harían en el futuro. Era hora de confrontar a Gaby.

—Vamos, tenemos que hablar con ella.

—Bea, te agradezco que me hayas llamado para contarme todo esto, pero ahora tengo que hablar sola con ella. Te contaré lo que pase. Muchas gracias...

Bea comprendió; no sería una conversación agradable, después de todo, había sido ella quien había alertado a la madre de su amiga y evidentemente Gabriela lo sabría, por lo que era mejor mantenerse al margen.

María caminó en dirección a su casa. El día estaba frío, sin embargo, ella parecía no notarlo. Iba cabizbaja, tratando de ordenar sus ideas, tenía que encontrar la mejor forma de enfrentar a su hija. No quería gritarle o retarla por lo sucedido, eso la alejaría aún más y no confiaría en ella para contarle lo que le había pasado.

Llegó a su casa y habló con su esposo, ambos lloraron y trataron de no sentirse culpables, pero no podían evitar pensar en que pudieron haber intervenido antes. Decidieron que lo mejor era hablar con Gabriela, alejarla para siempre de Andrés y, por supuesto, denunciarlo a la policía.

Secaron sus lágrimas y subieron a la habitación de su hija. Ella los miró extrañada, puesto que rara vez subían juntos a verla. Dejó su teléfono a un lado y se sentó en la cama.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miran así?

María miró a su esposo y abrió los ojos al máximo en señal de que tomara la palabra.

—Gaby, tú sabes que te amamos, que nos volveríamos locos si algo malo te pasara... Estamos preocupados por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Porque sabemos lo que te ha estado pasando con Andrés, sabemos de los golpes y que, por si fuera poco, te ha hecho pensar que eres culpable por ello.

María no aguantó más y rompió en llanto. Raúl acariciaba el cabello de su hija, quien miraba a sus padres con una mezcla de temor y rabia. Sus ojos se llenaron de lágrimas, sabía que su voz se cortarían si empezaba a hablar, por lo que prefirió guardar silencio mientras hablaba su padre, pero cada palabra que este le decía comenzaba a irritarla de forma ascendente, no soportó el discurso y tomó la palabra.

—¡De dónde sacaron esas estupideces! ¡Andrés me ama, nunca me haría daño!

Raúl la miraba, incrédulo, no entendía que su hija defendiera a un tipo así.

—Entonces, dime qué te pasó en el labio.

—Me pegué con el cajón, ese que te he dicho que se atora y que aún no arreglas.

María dejó de llorar, secó su rostro, adquirió una actitud seria, respiró hondamente y comenzó a hablar con tranquilidad.

—Beatriz me contó todo lo que pasó, sabemos que se ha violentado contigo más de una vez y aún así, te niegas a dejarlo. Pero eso se acabó, te vamos a llevar ahora mismo al hospital para constatar lesiones y hacer una denuncia. Eres menor de edad, así que, te guste o no, estamos obligados a velar por tu seguridad. Fin de la discusión. Ponte zapatos y una chaqueta, salimos en cinco minutos.

La madre se puso de pie y salió de la habitación. Gaby gritaba, lloraba, pero sus padres no cedieron. Raúl se quedó en la habitación para evitar que su hija se encerrara. Le pasó los zapatos y le dijo que no sacaba nada con hacer semejante escándalo, que aunque tuvieran que amarrarla iban a hacer exactamente lo que su esposa había dicho. Gabriela sabía que no había forma de hacer cambiar de idea a su mamá. Guardó silencio, se puso los zapatos que le acercaba su padre y tomó una chaqueta de su closet.

En el auto, camino al hospital, guardaban un silencio sepulcral. Cada uno pensaba en las diferentes aristas del mismo problema: María, en que debían realizar la denuncia lo antes posible para que Andrés pagara lo que le había hecho a Gaby; Raúl trataba de encontrar la manera de ayudar a su hija, ya que sabía que después de la denuncia vendría un proceso sumamente estresante y Gaby en la forma de ocultar los maltratos de Andrés. Estaba segura de que todo terminaría arreglándose y que, tarde o temprano, sus padres se darían cuenta de lo mucho que se amaban.

Llegaron al hospital, antes de bajar del vehículo, María se volteó y buscó la mirada de su hija.

—Gaby, quiero que entiendas que te amamos, y que te vamos a apoyar en todo este proceso, pero, por favor, date cuenta de que esto está mal. Tenemos que

denunciar a ese muchacho para que no te vuelva a hacer daño.

—Mamá, yo sé que se preocupan por mí, pero Andrés nunca me haría daño. Él me ama. A veces discutimos, pero es lo normal. Beatriz está celosa desde que empecé a pololear, no soporta la idea de que no tenga tiempo para ella, por eso inventó todo esto.

—A mí nunca me gustó que te juntaras con esa niña pero, esta vez, demostró que de verdad te quiere, y mucho, está preocupadísima por ti.

—Claro, ahora es perfecta...

—Bueno, si es que Andrés es tan bueno y nunca te ha hecho daño, vamos a que te examinen.

Bajaron del auto y entraron al hospital. Una enfermera ingresó a Gaby y comenzó a examinarla. Mientras lo hacía, conversaba con ella para saber el origen de algunos antiguos moretones. Sabía que la joven mentía, pero continuaba hablándole en tono comprensivo.

Mientras Gabriela se vestía, la enfermera llamó a sus padres. Les informó que habían encontrado algunos moretones antiguos y un corte en el labio, claramente su hija había recibido golpes, pero ella lo negaba y justificaba cada una de las marcas. Les dijo que, ante estas situaciones, estaban autorizados para llamar a la policía y denunciar un posible maltrato pero, en este caso específico, como sus padres fueron voluntariamente, les quería preguntar antes de hacerlo. Los progenitores pidieron que hiciera la denuncia para que se viera obligada a decir la verdad, pensaron que sería lo más sensato.

Casi media hora después, llegaron dos policías a hablar con la enfermera y con los padres de la muchacha. Mientras uno de ellos tomaba la declaración del médico de turno, una mujer uniformada fue a hablar con Gabriela. Su primera reacción fue sentir miedo ante la presencia de una policía, pero la mujer trató de calmarla diciéndole que solo quería saber algunas cosas. Comenzó leyendo el informe de la enfermera y le pidió a Gaby que explicara sus lesiones.

—Ya le dije, he estado distraída y me he pegado con algunos muebles. Con la cama, el escritorio, un cajón, y así —decía apuntando algunos de los moretones que le habían encontrado— mis papás son muy sobreprotectores, y por eso se asustan por todo.

—Me dijeron que estabas pololeando, y que fue tu pololo el agresor.

—Es mentira, lo dicen solo porque no les gusta. En realidad, no les gusta nadie para mí, de verdad son muy sobreprotectores.

—Muy bien, pero antes de que esta conversación termine, quiero que sepas que todos los días tratamos de ayudar a decenas de mujeres maltratadas por sus parejas. A varias les toma tiempo hacer la denuncia porque están asustadas, pero las protegemos. Quiero que guardes mi número en caso de que lo necesites.

—No. No lo necesito, mi pololo me ama y siempre me está cuidando, nunca me haría daño.

—Solo por si acaso, toma.

Gaby tomó la tarjeta con evidente desgano y la guardó en su bolsillo. Esperó a que saliera la policía para ponerse a llorar. Se sentía sola, quería un abrazo de Andrés. Sabía que nunca debió aguantar los golpes, pero estaba segura de que, con su amor, lo haría cambiar, y que todo esto no sería más que un amargo y lejano recuerdo.

Cuando salió y vio a sus padres, corrió a los brazos de su papá y le pidió que la llevara a casa. Comenzaron el largo e incómodo camino de regreso a su hogar. Nadie quería hablar, no obstante, Raúl decidió tomar las riendas en el asunto.

—¿Por qué sigues defendiéndolo? Todos sabemos que ese joven te golpea.

—Papá, basta. Ya te dije que nunca me ha pegado, la policía lo comprobó.

—Le mentiste, Gaby, tal como lo estás haciendo ahora, pero esto se acabó. La policía dijo que no había pruebas para inculpar a Andrés, que sin tu declaración no había nada que hacer. Pero desde hoy, tienes absolutamente prohibido acercarte a ese tipo. Yo mismo te voy a ir a dejar al colegio, y tu mamá te va a ir a buscar.

—¡Pero, papá, no es justo! ¿Me quieres tener presa?

—Tómalo como quieras, cuando te des cuenta de que ese tipo es un peligro para ti, nos lo vas a agradecer.

Gaby lloraba de rabia, no podía creer la injusticia que se estaba cometiendo. Cuando llegaron, bajó corriendo del auto y entró en la casa. Se disponía a subir la escalera, pero su padre la detuvo.

—Gaby, tu celular.

—¿Qué?! ¿También me lo quitarás?!

Este no respondió, solo la miró con insistencia. Enojada, le pasó el aparato y corrió hasta su cuarto, prendió su computador y le escribió a Javier para que le contara a su primo lo que había sucedido. Alcanzó a enviarlo justo antes de que se fuera la conexión de internet. Sus padres la habían desconectado. Raúl llamó a su puerta, pero no obtuvo respuesta.

—Algún día me lo agradecerás —dijo—, te lo juro.

Gabriela no podía comprender cómo su papá podía hacerle esto, la persona que siempre la apoyó, que siempre la contuvo, ahora la tenía prisionera y, además, quería que se lo agradeciera. Era insólito. Su única esperanza era que Javier viera el mensaje y le contara lo sucedido a Andrés para que no creyera que su ausencia los próximos días sería por voluntad propia.

Javier miró su celular y vio que tenía una notificación de *Facebook*. Decidió prender su computador, leyó el mensaje de Gaby y quiso decírselo inmediatamente a Andrés, pero por lo que decía el mensaje, se le pasó por la cabeza la posibilidad de que su primo hubiese tenido algún mal comportamiento con Gabriela; más de una vez lo había visto perder el control y, aunque pasaban bastante tiempo juntos desde pequeños y nunca lo había visto golpear a alguien, no descartaba la idea. Sabía que Andrés provenía de un hogar inestable y violento. Pensó que, tal vez, lo mejor era dejar las cosas como estaban para que Gaby se alejara de su primo para siempre.

Movido por la intriga, el joven llamó por teléfono a Beatriz para saber si ella conocía el motivo por el que los padres de Gaby le habían negado tan tajantemente ver a Andrés. Ella le contó sobre los maltratos de los que había sido víctima su amiga, de los insultos y los golpes, y que a pesar de todo, Gaby se negaba a denunciarlo. Javier estaba impactado ante la revelación de Bea, cuando se despidió de ella, intentó llamar a Gabriela, pero no había forma de comunicarse con ella. Decidió marcar el mensaje de Facebook como *no leído* y esperar hasta verla en el colegio, de todos modos, iban a la misma escuela.

La esperó en la puerta del colegio, la vio llegar con su papá. Notó la evidente molestia en su rostro, quizás no era el mejor momento para conversar. Se dio vuelta para alejarse antes de que ella lo viera, pero escuchó que alguien gritaba su nombre, por inercia se volteó, Gabriela corría hacia él.

—¿Le dijiste a Andrés?

—¿Qué cosa?

—Lo del mensaje que te envié.

Javier tomó su teléfono y revisó el mensaje, fingiendo que no sabía de qué se trataba. Cuando terminó, le dijo que no lo había visto antes, por lo que no había podido decirle nada a su primo.

—¿Y... es verdad? ¿Él te ha pegado? —preguntó el muchacho, a pesar de la cara de tristeza y frustración de Gabriela.

—No, Javier, ¿cómo se te ocurre semejante estupidez?, es algo que inventó la Bea porque está celosa.

—Se me ocurre porque es mi primo y lo conozco, además tienes el labio roto.

—P-p-pero, nunca me ha hecho daño...

—Gaby, te conozco hace años, sé que algo te pasa.

—Javier, de verdad, nunca me ha hecho daño. Hemos discutido, pero solo eso. Por favor, llámalo y cuéntale lo que pasó o... préstame tu teléfono...

Gaby parecía desesperada por tomar el celular, pero justo en ese momento sonó el timbre. Aliviado, Javier le dijo que se quedara tranquila, que le mandaría una copia de su mensaje a Andrés. Gabriela se calmó un poco y le pidió que se juntaran en el recreo. Javier cumplió con su palabra, pero no estaba cien por ciento convencido de que fuera una buena idea. Al siguiente recreo, le facilitó el aparato celular y Gaby pudo hablar con Andrés, quedaron de acuerdo en verse esa noche, a pesar de las restricciones que tenían.

Pasó lento el día y, al acercarse la hora acordada en que iban a reunirse, Gaby, que estaba encerrada en su pieza, esperaba ansiosa la señal de Andrés. Luego de poco más de una hora, escuchó un golpe en su ventana. Se levantó sigilosamente para asomarse al vidrio y vio a Andrés parado detrás de un árbol. Abrió con cuidado la ventana y comenzó su escalada para huir. Cuando tocó el

suelo corrió hasta el lugar donde se encontraba su amado. Su primera reacción fue abrazarlo pero, antes de que pudiera hacerlo, él la tomó de un brazo con fuerza y la llevó rápidamente hasta la esquina, de la calle siguiente. Una vez que se sintió a salvo, la soltó.

—¿Se puede saber qué fue lo que dijiste?

—Nada, Andrés, te lo juro, fue la Bea la que...

—¿La Bea? ¿Y cuándo estuviste con ella? ¡Sabes que nunca me ha gustado esa mina!

—Me la encontré ayer en la calle, me vio el labio roto y le contó a mi mamá.

Andrés recordó el momento en que le había provocado esa herida y le acarició el rostro.

—Sabes que estoy muy arrepentido por eso, nunca más se repetirá.

—Lo sé, por eso inventé una excusa. Sé que me amas y que las veces en que me has pegado, ha sido por mi culpa.

—Muy bien, mi Ángel, tú sabes que si no me provocas no pasará nada.

Estuvieron juntos un par de horas, pero Gaby debía volver. Quedaron de acuerdo en repetir el encuentro cada noche a la misma hora. Era la única manera de poder estar juntos sin que nadie los molestara. Andrés fue un par de veces a casa de Bea con la intención de confrontarla, no obstante, no pudo hacerlo debido a que en ambas ocasiones no encontró a la muchacha en su hogar. Finalmente, decidió que no valía la pena y desistió.

Por varias semanas se encontraron cada noche, Javier estaba al tanto, pero decidió no meterse en algo que no le incumbía, además, Gaby parecía estar bien, por lo que no había razones para preocuparse. Un par de veces intentó preguntar a su primo por lo sucedido, pero él siempre cambiaba el tema, así que pensó que lo ocurrido carecía de importancia.

Gaby estaba feliz con sus encuentros secretos, extrañaba su celular y usar el internet sin vigilancia permanente de sus padres, pero aun así se sentía plena. Se le hacía romántico tener que esperar la señal de Andrés para bajar escalando la pared a escondidas, como lo hacían algunos personajes de los cuentos que leía cuando era niña, o como en las películas románticas que, irónicamente, veía con sus padres hasta el cansancio.

La mayoría de las veces sus encuentros eran muy tiernos, pero otras, tenían peleas sin sentido que terminaban en insultos y golpes que, por suerte para él, no dejaban huellas visibles. Después de cada acto de violencia, venía la disculpa de Andrés, quien muchas veces llegaba a las lágrimas, luego, como ya era habitual, Gaby se compadecía y lo perdonaba. Caminaban abrazados por la calle hasta llegar a casa de la muchacha, y Andrés emprendía el camino de vuelta a la suya.

Los padres de Gabriela no comprendían por qué su hija siempre estaba tan

cansada, si se acostaba temprano y no tenía más distracciones que algunas revistas. A Raúl se le pasó un instante por la cabeza la idea de que se estuviera juntando con Andrés, pero la desechó rápidamente, puesto que creyó imposible que los jóvenes pudieran comunicarse.

Semanas después de haber castigado a su hija, María estaba feliz, ya que, se daba cuenta de que Gaby se encontraba bien, estaba enojada, era lógico, pero tenía buen semblante. No la había sorprendido llorando, ni tratando de comunicarse con Andrés. Varias veces trató de hablar del maltrato y de lo importante que era denunciar, pero su hija la ignoraba en cada intento, así que prefirió no hablar más del asunto y darlo por superado. Un par de veces se reunió con Beatriz para saber si ella tenía nueva información, pero todo parecía estar bien.

Beatriz por su parte, estaba nerviosa por lo rápido y fácil que había resultado separar a la pareja, pero no había podido averiguar nada. Conversó con Javier, pero este le confirmó que Andrés se había aburrido de las restricciones en la relación con Gabriela y que estaba viendo a alguien más, y salía cada noche a juntarse con este nuevo amor. Aquello la tranquilizó, pero aun así decidió tratar de acercarse a Gabriela para asegurarse de que estuviera todo bien. Fue hasta su casa, pero la joven no quiso verla, se sentía demasiado traicionada aún, motivo por el cual prefería no volver a hablarle. A veces se sentía sola, pero Bea no era la mejor opción, ya no podía confiar en ella.

Por su parte, Andrés, había preferido mentirle a su primo para que las reuniones con Gaby no tuvieran ningún obstáculo. Poco a poco se había acostumbrado a juntarse en la clandestinidad con su ángel. Le gustaba que Gabriela no tuviera acceso a la tecnología, puesto que la consideraba uno de los mayores males del mundo actual, además, así no podría comunicarse con ningún hombre que quisiera arrebatársela, pero, por otro lado, le molestaba sobremanera tener que verla aún más escondido que antes, y a no poder controlarla de la manera en la que ya se había acostumbrado. En más de una ocasión había perdido la paciencia y cada vez, Gaby pagaba las consecuencias de su enojo. Luego de cada descarga de ira, el joven sentía verdadero arrepentimiento, no podía entender por qué actuaba de esa forma tan primitiva, pero le costaba mucho controlarse.

Pasaron algunas semanas, su ansiedad comenzó a crecer. Andrés ya había perdido toda su paciencia y, le exasperaba que Gaby disfrutara de la situación. Comenzó a planificar diversas maneras de ver a su polola con mayor facilidad, hasta que una estupenda idea se instaló en su cabeza.

—Mi Ángel ¿Te gustaría que estuviéramos juntos para siempre?

—¡Obvio, Amor! ¡Me encantaría! Yo creo que cuando a mis papás se les olvide lo de la denuncia vamos a poder hablar con ellos y pololear tranquilos.

—Mmmm... yo pensaba en algo mucho mejor. ¿Te acuerdas de lo que te dije

hace tiempo? ¿Qué me gustaría vivir en el campo, y estar por siempre contigo?

—Sí, sería tan lindo... Pienso que, cuando salga de cuarto medio, nos podríamos casar, tener una familia y vivir en el campo.

—¿Casarnos? ¡Ja,ja,ja! Que eres linda. Yo pensaba en algo mucho más realista: vámonos ahora. Yo tengo plata guardada, y sé que tú también. Vámonos.

—Pero, Amor, no puedo... ¿Cómo nos vamos a arrancar? ¿Qué haríamos?

Gaby estaba confundida, no sabía qué pensar. Andrés, por su lado, intentaba convencerla, pues consideraba que escapar juntos era la única manera de que pudieran estar tranquilos sin que terceros se entrometieran en su relación. Le pintó el mundo de colores para convencerla, por primera vez, Gaby defendió su postura, pero poco a poco comenzó a ceder ante las palabras de Andrés. Le gustaba la idea de poder estar cada día con el hombre que amaba. Comenzó a pensar que tal vez al principio tendrían que estar escondidos pero, que después de un tiempo, podrían contactarse con sus familias y mostrarles lo felices e independientes que eran. Andrés, a medida que más ahondaba en el tema, más convencida veía a Gabriela.

—¿Sabes por qué te digo “mi Ángel”?

—No, nunca me lo has dicho.

—Lo hago porque la primera vez que te vi, estabas bailando con tu vestido blanco y destacabas entre tus amigas, era como si brillaras, no podía dejar de mirarte. Supe de inmediato que eras el amor de mi vida y que quería estar contigo por siempre.

—Aaaaww, que eres lindo, pero el vestido no era blanco, era color marfil, ¡ja,ja,ja!

Al oír la risa de su polola, después de haberse atrevido a corregir lo que, tan tierna y sinceramente le había dicho, se le erizó la piel, sintió cómo le hervía la sangre, pero tomó aire y se contuvo, solo le dijo que el color era lo de menos, que lo importante era lo que había sentido al verla por primera vez. Gaby también recordaba la primera vez que lo había visto, pero su sensación había sido muy distinta, la verdad, era que había sentido miedo de su penetrante mirada, pero no era el momento de contarlo. Prometió pensarlo, y se fue a su casa.

A penas regresó, Andrés, comenzó a contar el dinero que tenía guardado. Le pidió el computador a Javier y buscó casas en arriendo en diversos sectores rurales, vio el precio de los pasajes y siguió planificando su escape.

Gabriela se acostó pensando en cómo sería la vida lejos de la ciudad con Andrés. Pensó que si estaban lejos ya no sería violento, que era la mejor manera de que cambiara para siempre. Se levantó para revisar el dinero que tenía

guardado. No era mucho, pero también tenía cosas que podía vender. Si sumaba todo le alcanzaba para vivir un tiempo sin la ayuda de sus padres y, si ambos trabajaban, les alcanzaría para vivir cómodamente. Se durmió pensando en la vida que podían tener juntos.

A la noche siguiente, cuando se encontraron, comenzaron a definir los detalles de su huida. Nada podía fallar, por lo que debían pensar muy bien en cada movimiento y ponerse en diversas situaciones. Luego de un rato, fijaron un día y una hora para concretar la fuga.

El día destinado para su escape había llegado, por fin. Ambos habían vendido gran parte de sus pertenencias para juntar dinero. La idea era viajar al lugar que Andrés había encontrado, pero harían algunas escalas para despistar a todo aquel que los buscara. El destino final era un pueblito en el sur que muy pocas personas conocían. Andrés había hecho un trato telefónico con el dueño de una pequeña cabaña amoblada para poder arrendarla.

Aquella tarde, Gaby salió del colegio y, como cada día, desde hacía un par de meses, estaba su mamá esperándola. Cuando la vio, tuvo una sensación extraña, aún no se iba y ya comenzaba a extrañarla. Le dio un inesperado abrazo y le dijo que la amaba.

—Yo también te amo, hija —respondió esta, algo sorprendida.

—¿Vámonos caminando despacito? Es que está rico el día.

María miró a su hija emocionada, pensó que ya la había perdonado por castigarla y por haberla alejado de Andrés. Pasaron la tarde juntas, conversando y viendo televisión. Cuando estuvo por caer la noche, llegó Raúl y continuaron con la tarde familiar. Gaby estuvo a punto de arrepentirse. No quería dejar a sus padres, sabía que eran buenas personas y que sufrirían mucho cuando ella se alejara, pero por otro lado, le daba miedo decirle a Andrés que no viajaría, sabía que su reacción podría ser más violenta que nunca. Pensó que podía irse por unos días y luego convencer a Andrés de que ya había sido suficiente y que podían volver y convencer a sus padres de que querían estar juntos.

Llegó la noche, Gaby tenía su bolso listo. Esperó a que sus padres se durmieran y lo lanzó por la ventana, trató de agudizar su oído al máximo para saber si es que sus padres habían despertado con el ruido, pero no escuchó nada. Pasaron unos minutos y oyó la señal de Andrés, por un breve instante pensó en no hacer caso y encender la luz de su pieza para que pensara que la habían descubierto y así, abortar el plan, pero un segundo silbido la sacó rápidamente de sus pensamientos y comenzó a bajar, como de costumbre. Cuando se reunieron lo abrazó con fuerza y luego corrieron en dirección al paradero, tomaron un taxi hasta el terminal de buses y esperaron por unos instantes. Andrés miró a Gabriela y vio sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás llorando? Después de todos los esfuerzos que he hecho para estar contigo, ¿te pones a llorar?

—Pero es de felicidad, mi Amor, porque por fin vamos a poder estar juntos.

Andrés esbozó una sonrisa y la abrazó con fuerza, Gaby, en tanto, trataba de ocultar sus lágrimas, provocadas por una mezcla de arrepentimiento y temor. Llegó el bus que los llevaría hasta su primera parada; Chillán, a cinco horas de

Santiago. Subieron y tomaron sus asientos. Ya no había vuelta atrás. Gaby miró por la ventana, esperando que sucediera algo que los detuviera, pero se pusieron en marcha sin ninguna dificultad. Andrés rompió el silencio hablando de lo felices que serían y de los planes que tenía. Gaby sonreía para contentarlo, pero la verdad era que quería salir corriendo y volver a los brazos de sus padres. Al cabo de unas horas, Andrés se quedó dormido, mientras ella seguía pensando en que había cometido un terrible error. Cuando llegaron a su destino fueron a una humilde pensión para descansar y dormir un poco. Andrés fue muy tierno con ella, por primera vez le hablaba sonriente y con soltura, Gaby lo miraba con tranquilidad, esa felicidad que observaba en él, le hizo pensar que, tal vez, haber dejado la ciudad no era un plan tan descabellado y que en realidad podrían ser felices.

A la mañana siguiente, María fue a despertar a su hija, le había preparado un desayuno especial para celebrar que de nuevo estaba todo bien entre ellas, pero al abrir la puerta se encontró con la pieza vacía, la cama hecha y la ventana abierta. Al principio intentó armar el rompecabezas que estaba frente a ella pero no lo consiguió. Atónita, sin comprender lo sucedido, comenzó a conectar de a poco sus ideas, y de pronto todo se aclaró, todo pasó casi como una película frente a sus ojos, casi pudo ver a Gaby manipulándola el día anterior para que ella estuviera tranquila, luego arreglando sus cosas y huyendo, como una ladrona, de su propio hogar. La mujer se puso a gritar para que su esposo subiera, este llegó corriendo y, entre los gritos de su mujer y la soledad del dormitorio, comprendió lo sucedido.

Raúl fue corriendo a la casa de Andrés, sus tíos recién se habían levantado cuando escucharon los golpes desesperados en la puerta. Raúl les gritó que Gaby había desaparecido y que, seguramente estaba allí. Le preguntaron a Javier, pero él no sabía nada, lo único que les pudo decir fue que no había visto a Andrés desde la tarde anterior. El angustiado padre subió corriendo las escaleras de la casa, seguido de los tíos de Andrés, y fue abriendo puertas hasta dar con la habitación que los primos compartían. Revisó el closet y todos pudieron ver que había solo un lado ocupado; las cosas de Andrés no estaban.

Mientras tanto, María había ido a la casa de Beatriz quien, por su parte, no podía creer que su amiga hubiese escapado. La Gabriela que ella conocía sería incapaz de hacer algo así. La llamó por teléfono varias veces, pero no obtuvo respuesta. Le mandó un mensaje diciéndole lo mucho que la quería y que, por lo mismo, esperaba que recapacitara y volviera con las personas que realmente la amaban. Miró por varios minutos el mensaje, Gaby tampoco respondió por este medio. Bea comprendió que, lo más lógico, era que la joven hubiese dejado su celular en casa, por lo que decidió escribirle un mensaje por Facebook, quizás

tendría acceso a internet en algún sitio, una biblioteca, o un cyber café. Prometió a María que la ayudaría a buscarla, pero de momento no se le ocurría cómo. Luego recordó las cadenas que tantas veces había visto en las redes sociales y decidió crear una para localizar a su amiga. Cuando María se fue, buscó una foto reciente de Gaby, encontró las que habían sacado el día de su cumpleaños, la fiesta en la que conoció a Andrés. Se sintió tan culpable por no haber cuidado mejor de ella, pensó que, tal vez, si hubiese permanecido toda la noche a su lado no hubiese podido cruzar ni una palabra con ese desgraciado, quizás no debió haberlo dejado entrar, o haberlo sacado a patadas de su casa. Pero no era el momento de culparse, debía actuar rápido para encontrar pronto a Gaby. Seleccionó una fotografía y la subió a todas sus redes sociales para que se viralizara lo más pronto posible. Se quedó junto al computador, atenta a cada novedad.

Lejos de la ciudad, Gaby no podía conciliar el sueño; imaginaba que para aquellas horas ya todos sabían que había huido, imaginaba la decepción que estarían sintiendo sus padres. Sintió temor de que no la quisieran perdonar.

El día avanzaba y no había novedad de los jóvenes. Javier le envió un mensaje a su primo para preguntarle dónde estaba y contarle todo lo sucedido. Pensó que, tal vez tenía parte de la culpa, pues debió haberse dado cuenta de lo que sucedía, no obstante, confiaba en que su primo sabía lo que hacía y cuidaría a Gaby en donde fuera que estuvieran.

Cuando Andrés despertó, vio a Gaby duchada, vestida y preparando unos sándwiches. Sonrió al ver cómo sería su nueva vida, le gustaba que Gabriela fuera tan servicial y lo hubiese dejado dormir, mientras ella se encargaba del resto. Comieron y hablaron de su nueva vida. Gabriela intentaba mostrarse alegre, pero internamente tenía mucho miedo, no creía que todo resultara bien, pero prefirió seguir la corriente de la conversación. Más tarde, Andrés prendió el celular, pues intuía que si pasaba algo Javier le avisaría. Y así fue; había un extenso mensaje de su primo, en el que le hablaba de la desesperación del padre de Gaby y de la campaña que estaba haciendo Beatriz para encontrarlos. Pensó que debía hacer algo rápido, decidió ir al terminal a comprar nuevos pasajes para ir hacia algún pueblo más al sur. Hecho el trámite, viajaron por algunas horas hasta llegar a la fría, pero hermosa ciudad de Coronel. Andrés llevó a Gaby directo a una peluquería y le dijo que la única forma de que no los encontraran era cambiando su aspecto, ella lo miró seria, le dijo que no quería, que le agradaba la manera en la que se veía. Andrés comenzó a enojarse, la tomó del brazo con fuerza y le habló amenazante.

—Vas a entrar a esa peluquería y vas a cambiar radicalmente tu look. Ya llegamos demasiado lejos como para dejar todo de lado por culpa de una pataleta infantil.

Gaby lo miró asustada, bajó la cabeza y entró. Le rebajaron el cabello hasta dejarlo muy corto, incluso dejaba parte del cuello al descubierto. Luego lo aclararon un poco. Se miró al espejo y quedó sorprendida; se veía muy distinta, se veía bastante mayor, nadie creería que tenía apenas quince años. Salió del local y se encontró con Andrés, él sonrió, la abrazó y le dijo que se veía más hermosa que antes. Fueron a comer, caminaron un poco y tomaron un último bus, el que los llevaría hacia el que sería su destino final, Gaby no sabía dónde estaban, además tuvieron que tomar una micro por largo rato. Al caer la noche habían llegado a un pequeño pueblo, caminaron por varios minutos hasta llegar a una cabaña a las afueras de este, allí los esperaba un hombre mayor para entregarles las llaves. Como todo campesino era un poco hosco, pero buena persona, por lo que dejó que los jóvenes descansaran y quedó de ir al día siguiente a firmar contrato de arriendo y realizar todo el papeleo que la transacción requería.

Estaban agotados, pero les gustó el lugar. Era una cabaña acogedora, tranquila y alejada de todo. Andrés no cabía en sí de la alegría, estaba maravillado, todo le parecía perfecto. Por otro lado, Gaby pensó que era el lugar ideal para que Andrés cambiara su violenta forma de ser, después de todo, estaba

cumpliendo su sueño de vivir lejos de la ciudad y todo lo que significaba vivir en una jungla de cemento. Estaba segura de que, después de un tiempo podrían volver o, tal vez, invitar a sus familias y mostrarles lo bien que estaban, así podrían reconciliarse y aceptar su relación.

Al día siguiente, salieron de la cabaña y pudieron apreciar la belleza del lugar en todo su esplendor. Se veía naturaleza por todos lados, se oía el cantar de las aves, y se podía oler la tierra mojada; todo era como sacado de un cuento. Los jóvenes caminaron hasta el pueblo para comprar provisiones y luego volvieron para preparar el desayuno. Apenas habían terminado cuando llegó el dueño a finiquitar el trato. Solo se quedó unos instantes y, a pesar de que le pareció que la pareja era demasiado joven, no quiso hacer preguntas.

Andrés fue a visitar parcelas cercanas para buscar un trabajo vinculado con la tierra. Mientras tanto, Gaby se quedó ordenando y cocinando. A ratos pensaba que esa no era la vida que quería, pero luego recordaba que sería solo temporal y que luego podría cumplir todos sus sueños, solo debía esperar un poco y convencer sutilmente a su pololo de que debían volver, pero de momento no había prisa, podía disfrutar de la vida de campo en su plenitud.

El tiempo pasaba lento, Gaby tuvo tiempo de asear, ordenar sus cosas y recorrer los alrededores de la cabaña. Comenzó a hacer el almuerzo, la verdad, no era una experta cocinera, solo sabía preparar un par de platillos, por lo que su primera opción fueron fideos. Cuando Andrés llegó estaba algo molesto; no había encontrado trabajo. Al principio pensó que sería algo simple, pero lo único que había recibido fueron rechazos. Miró la cabaña, le gustó que estuviera limpia. Besó dulcemente a Gaby y le dijo que no se preocupara, que ya encontraría algo para poder cuidarla como a una reina. Gabriela sonrió y le dijo que se sentara para poder servirle almuerzo. Comenzaron a comer y Andrés tuvo que aguantar su ira cuando probó la comida. Estaba bastante insípida, pero no quería arruinar el primer almuerzo de su nueva vida. Todo iba bien, hasta que Gaby hizo una propuesta.

—Tal vez debería buscar trabajo también, así ayudaría con los gastos.

—¿Tú trabajando? ¿Es en serio?

—Sí, no creo que sea tan difícil, además hoy me aburrí un poco.

—¿Y crees que es muy fácil? ¡¿Tú crees que no busqué bien, que anduve de paseo mientras tú jugabas a la casita y cocinaste esta porquería?!

Tiró el plato al piso y comenzó a gritarle.

—Yo soy el hombre, yo soy el que va a trabajar y, mientras tanto, tú vas a estar aquí aprendiendo a ser una dueña de casa. No quiero volver a comer esta porquería, quiero algo decente.

Gaby comenzó a llorar, estaba asustada, además de dolida por el comentario

y la agresiva reacción de Andrés.

—Es que... nunca había cocinado, pensé que había quedado bien —dijo entre sollozos.

Andrés la tomó del cuello, la levantó de la silla y la tiró al suelo, al lado del plato roto con los fideos esparcidos por las tablas.

—¿Crees que eso está bien? ¿Qué estaba decente? Pues lamento informarte que es un asco, así que te vuelvo a repetir: mientras yo me preocupo de traer la plata a la casa, tú te vas a preocupar de aprender a cocinar. Limpia esto.

Andrés salió enojado en dirección al pueblo. La muchacha no podía parar de llorar, al tiempo que recogía los pedazos de loza y los restos de comida. Ni siquiera sabía bien cómo sentirse, tenía una mezcla de miedo y rabia. Tiró enojada los trozos del plato y la comida en la que había puesto tanto esfuerzo, a la basura y comenzó a llorar amargamente. Luego de unos minutos se calmó y limpió todo lo demás. Se sentó en la entrada de la cabaña a esperar a Andrés. Estaba decidida a hablar con él para enfrentar la situación de su mal carácter. Al cabo de aproximadamente una hora, lo vio acercarse, su cuerpo se estremeció, pero permaneció sentada tratando de mostrarse tranquila. Andrés venía con una mano en la espalda. Cuando llegó a su lado, la acercó a ella y quedó una hermosa flor al descubierto.

—Perdóname, fue un mal día. Pensé que sería más fácil encontrar trabajo y me molestó que me vieras como a un perdedor.

—No te vi de esa manera, solo quería ayudar, no era para que me trataras así.

—Lo sé, y me arrepiento... solo quiero hacerte feliz. Cuando me enojo pierdo el control, pero nunca te haría daño de verdad. Sé que algunas veces me pongo violento, pero voy a cambiar, te lo juro, por favor... perdóname.

Estiró la mano con la flor hasta ponerla casi en el rostro de Gaby, ella sonrió y la tomó.

—Está bien, pero la próxima vez que te enojas, intenta contenerte. No puedes tratarme así.

—Sí, mi Amor, te lo juro. Pero no creo que volvamos a tener este problema, mira te traje un regalo.

—¿Un libro de cocina?

—Sí, así no puedo volver a enojarme por la comida.

Ambos rieron, se abrazaron y salieron a caminar un rato. Tuvieron una linda tarde. En la noche se sentaron a mirar las estrellas y hablaron de cómo sería su vida en el futuro. Gaby mencionó que quería hablar con sus padres para decirles que estaba bien, pero Andrés fingió no escucharla y continuó hablando de una vida trabajando la tierra. Esa noche hicieron el amor y, por primera vez, durmieron abrazados y desnudos, sin el temor de ser descubiertos.

Después de una semana, Andrés por fin encontró trabajo en una parcela cercana, lo que ayudaba mucho, puesto que los ahorros comenzaban a escasear. Debido a ello su carácter estaba cada vez peor, pero se había controlado bastante bien. Por su lado, Gaby, seguía al pie de la letra las recetas e intentaba cumplir con la estructurada rutina de Andrés. Cuando supo que había encontrado trabajo, se alegró mucho, porque así, él no estaría todo el día vigilándola y mejoraría su carácter, pero también se entristeció, debido a que ello significaba que tendrían dinero para sustentarse y no se verían obligados a volver. Continuaba con la idea de llamar a su casa para decir que estaba bien, pero Andrés manejaba todo el dinero y se negaba a que la joven se comunicara con su familia.

Los padres de Gaby estaban agotados, casi no dormían y apenas podían comer de tanta angustia. El día de la desaparición de los muchachos, fueron a la policía, pero les dijeron que solo los podrían buscar después de cuarenta y ocho horas. Recorrieron prácticamente todos los lugares que conocían, mas nadie los había visto. Beatriz había recibido varios mensajes y ninguno los llevaba hasta ellos. Una vez que pasó el tiempo límite dicho por la policía, fueron de nuevo, con la casi nula información que tenían sobre el paradero de estos y con fotos actualizadas de Gaby. Buscaron por toda la ciudad, enviaron las fotos a todo el país, sin embargo, no hubo respuesta. Revisaron el notebook de la joven, pero nada indicaba su ubicación, ni siquiera había usado sus redes sociales, era como si se los hubiera tragado la tierra. Comenzaron a pensar lo peor: un suicidio pasional.

Fueron al terminal de buses, al aeropuerto y a la estación de trenes, nadie los había visto. De pronto, una mujer señaló que el rostro de la niña le parecía familiar, dijo que la había visto junto a un joven tomar un bus, pero ignoraba su destino. Nuevamente estaban en la nada, aunque al menos, la fuga cobraba sentido, alejándolos de la idea del suicidio.

María y Raúl seguían todas las pistas que recibían, pero la mayoría eran falsas. Beatriz también recibía muchos mensajes y siempre se trataba de otras personas. Continuaba mandándole mensajes a Gaby con la esperanza de que los leyera y recobrarla la cordura.

Por otra parte, muy lejos de allí, estaba la pareja más feliz que nunca. El trabajo de Andrés era bastante pesado y muy mal pagado, pero aun así le gustaba mucho, consideraba que era lo mejor que le había pasado, además eran solo dos personas, por lo que no necesitaban mucho para vivir. Una tarde caminaron hasta el pueblo para comprar provisiones. Estaban en eso cuando, dentro de una tienda, vieron con horror que en la televisión estaban mostrando las fotos de Gaby y declaraban que había sido secuestrada por su pareja. Tomaron lo que necesitaban lo más rápido posible y fueron hasta la caja para pagar. La señora que los estaba atendiendo miró a Gaby y le dijo que se parecía mucho a la “niña de la tele” pero descartó la posibilidad de que fuera ella, porque su pelo era más claro y evidentemente no estaba secuestrada.

Cuando llegaron a la cabaña, Andrés decidió que se dejaría crecer la barba y el pelo para cambiar su aspecto. También decidió que esa era la última vez que Gaby iba al pueblo, no podían volver a verla. Gaby le pidió que la dejara llamar a sus padres para tranquilizarlos y dejaran de buscarla. Andrés lo pensó por un rato y le permitió llamar. Cargó su celular y le pasó el teléfono a Gaby, sabía que su celular era demasiado básico como para que lo rastrearán, por lo que no corrían peligro. Gaby marcó el número temerosa, no sabía bien que decir a sus

padres, pero de igual manera quería hacerles saber que estaba bien.

—Aló, ¿Papá?

—¡Gaby, hija! —gritó Raúl, mientras le saltaban las lágrimas— ¿Dónde estás?

—Hola, papito, no te preocupes, estoy bien. Perdón por preocuparlos, pero...

—Gabriela, necesito saber dónde estás, ¡por favor, vuelve a la casa!, no sabes lo terrible que ha sido todo esto. Han sido las peores dos semanas de mi vida.

—Papá, perdóname, sé que debe ser terrible, no tenía opción, era la única forma de estar con Andrés, no te preocupes, de verdad estamos bien.

—Por favor, hija, vuelve, yo te voy a dar permiso para pololear, vuelve a la casa, te lo ruego...

La voz de Raúl se quebró, comenzó a llorar y a suplicarle a su hija que regresara con ellos. Gaby comenzó a llorar también, pedía perdón, y repetía que estaba bien, que dejaran de buscarla porque no volvería aún, pero que confiaran en ella, que pronto estaría de vuelta en su hogar. Cortó la llamada y comenzó a llorar. Andrés se acercó y la abrazó para intentar tranquilizarla, sin embargo, para Gaby el único abrazo que podía reconfortarla era el de sus padres, aunque no se atrevió a mencionarlo.

Pasó más de un mes, se acercaba el cumpleaños de Gabriela, y la desesperación de sus padres iba en aumento; no tenían ninguna pista del paradero de su hija.

Andrés quería preparar algo especial, por lo que decidió ir a una ciudad cercana para comprar un regalo. Lo que buscaba, era un anillo para proponerle matrimonio, ya que recordó haberla oído decir que ese era su sueño. Buscó en varias joyerías, hasta dar con el anillo que le pareció perfecto para ella, pequeño y delicado; digno de su ángel. El precio era un poco alto, pero el último tiempo había sido difícil para ella, por lo que merecía algo especial.

Por su parte, Gabriela estaba muy triste, sabía que sus padres la extrañaban y se moría de ganas de estar con ellos para su cumpleaños, solo la detenía el miedo que le provocaba Andrés. Ella pensaba que estar en la casa soñada de su pololo podría hacerlo cambiar, pero todo iba empeorando. Habían tenido varios episodios de violencia y, por más ganas que tuviera de volver a su casa, el miedo era mucho más fuerte. Pensó en pedir como regalo de cumpleaños poder volver a su casa, aunque fuera por un tiempo, tal vez estando con sus padres podría convencerlos de que su relación era seria y obtener su aprobación. Tenía toda la confianza en que, si les permitían estar juntos, Andrés por fin cambiaría para bien, tal vez necesitaba que alguien le demostrara confianza, afecto. Sí, eso era lo que necesitaba. Sabía exactamente cómo convencerlo. Se lo pediría como regalo de cumpleaños, así él sería incapaz de negarse, solo faltaban un par de días para eso, así que tenía que hacer que todo fuera perfecto durante ese periodo y evitar cualquier tipo de discusión.

Gabriela se preocupó de cada detalle, cocinó siguiendo paso a paso una de las recetas del libro, pero para la receta que tenía en proceso necesitaba un ingrediente en particular, y descubrió que no lo tenía. Pensó en reemplazarlo por otra cosa, pero su falta de experiencia culinaria no le permitió dar con el ingrediente adecuado y para evitar que su plato fuera un desastre, decidió caminar hasta el pueblo para poder comprar lo que le faltaba. No tuvo mayores problemas, su única dificultad fue encontrar algo de dinero en la casa, ya que, Andrés dejaba todo comprado para evitar que ella saliera. Una vez que hubo regresado, terminó la comida y limpió todo cuidadosamente. Por último, arregló la mesa lo mejor que pudo, con lo poco que poseían.

Cuando Andrés llegó, se sorprendió gratamente al ver de cómo lucía su casa, era la primera vez que llegaba y no tenía ningún reparo. Vio la mesa y se sentó con una sonrisa que casi no le cabía en la cara. Gaby le sirvió la comida, y por primera vez comieron absolutamente en paz, incluso conversaron

civilizadamente. Terminaron, Gaby recogió la mesa y Andrés se fue a acostar un rato. Después de dejar todo limpio, fue hasta el dormitorio, Andrés recién estaba despertando. Se acercó a él y se sentó en la orilla de la cama. Le dijo que había tenido sacar algo de plata para ir a comprar. El rostro del joven se desfiguró, se levantó de la cama de un salto. Recién en ese momento, Gaby se dio cuenta del error que había cometido al contarle.

—¿Qué te dije de salir a comprar?!

—Si sé que no debería salir, pero tuve cuidado, me puse lentes y uno de tus jockey.

—¿Y se puede saber, qué cresta fuiste a comprar?!

—El tocino... para la comida...

Andrés comenzó a gritar y pasearse por la pieza.

—¿Y por un pedazo de carne seca pusiste en riesgo nuestra nueva vida?

Estaba furioso, pero pasó la vista por la chaqueta que se había sacado y recordó que en el bolsillo estaba el anillo que había comprado esa mañana. Trató de calmarse, le dio un puñetazo a la pared y salió a tomar aire. Gabriela se quedó en la pieza, temiendo que si se movía, el próximo puñetazo podría ser para ella, ni siquiera quiso moverse de donde estaba. Pasó un largo rato ahí, hasta que Andrés volvió a entrar. La miró fijo, y estiró su brazo para acercarla hacia él.

—Está bien. Si me dices que fuiste cuidadosa, está bien, pero a partir de mañana te voy a dejar con llave, solo para asegurarnos de que estarás segura, ¿bueno?

Gaby lo miró asustada, no podía creer que estuviera hablando en serio porque, supuestamente, la idea de fugarse era para ser libres, no para ser una prisionera con diferente carcelero. Obviamente, no se atrevió a decir nada, solo sonrió y asintió. Andrés la miró satisfecho, incluso sintió orgullo de la maravillosa idea que había tenido.

Llegó el día del cumpleaños de Gaby. Sus padres estaban destrozados, ya casi ni se hablaban. Beatriz organizó a sus amigas para grabar un video dirigido a Gabriela y subirlo a las redes sociales, tal vez, así podrían conmovérla y convencerla de volver a su casa. No sabía si es que lo vería, pero no perdía nada con intentarlo. María y Raúl iban diariamente a ver si es que la policía tenía alguna pista del paradero de su hija, pero la respuesta era siempre la misma, era como si la tierra se los hubiera tragado, además, como les dijo uno de los policías “nunca se encuentra a aquellos que no quieren ser encontrados”.

Gabriela no sabía qué esperar de ese día, ni siquiera quiso mencionar que estaba de cumpleaños. Andrés salió temprano, ella quedó sola y encerrada. Terminó rápidamente las labores del hogar. Luego se sentó junto a la ventana y lloró amargamente, lloró por su familia, por su porfía, por creer que iba hacer cambiar a Andrés. Lloró porque se sentía sola, porque necesitaba a sus seres queridos, necesitaba hablar libremente, sin sentirse censurada o temerosa por cada idea que pasaba por su mente.

En la tarde llegó Andrés, traía algunas flores que había cortado en el camino. Cuando abrió la puerta vio a Gaby durmiendo sobre la mesa, junto a la ventana, la cerró muy despacio tras de sí y se acercó a la muchacha para besarle el hombro. Gaby despertó sobresaltada, vio a Andrés sonriendo, con las flores en la mano, sonrió y lo saludó tiernamente.

—Feliz cumpleaños, mi Ángel.

—¿Te acordaste? Gracias, mi Amor.

Recibió las flores emocionada por el romántico gesto que el joven había tenido con ella, ya que era muy raro el sentimentalismo en Andrés. Se las acercó al rostro para olerlas y las puso en un vaso con agua en el centro de la mesa. Luego se sentó junto a su pololo, que la seguía mirando sonriente.

—Cierra los ojos, te tengo una sorpresa.

Gabriela obedeció con una sonrisa, algo nerviosa, puesto que aún quería pedirle que volvieran a casa.

Cuando abrió los ojos, lo vio arrodillado frente a ella, con un hermoso y delicado anillo dentro de una cajita roja y aterciopelada, en la palma de su mano.

—Para ti, mi Ángel, para la mujer que me devolvió la vida, que me ayuda día a día a mantenerme cuerdo en medio de este mundo enloquecido... Gabriela, ¿te casarías conmigo?

La joven se emocionó hasta las lágrimas, se puso de pie, a la vez que estiraba la mano para que su “novio” le colocara el anillo. Se miró la mano y comenzó a saltar de alegría, olvidó inmediatamente los golpes, la tristeza y todos los malos

ratos. Andrés la miraba, satisfecho, sentía que las cosas estaban saliendo tal y como siempre las había soñado. De pronto, Gaby se paralizó, se dio cuenta de que no podía casarse a los dieciséis años, y mucho menos lejos de su familia.

—Pero, mi Amor, soy menor de edad... no puedo casarme.

—Ya lo pensé todo. Podemos hacer un matrimonio simbólico, algo solo entre nosotros, no es necesario caer en las frivolidades del mundo actual, solo debemos jurarnos amor eterno y, en dos años más en esta misma fecha, nos podemos casar legalmente, así nadie nos podrá separar.

—También podemos volver y pedir a mis papás que nos autoricen...

—¡Ja! No nos dejaban pololear y crees que nos van a dejar casarnos, olvídате de esa idea. Es estúpida.

—Amor, yo... quería pedirte un regalo especial.

—¿Qué cosa?

Gabriela tomo aire y juntó todo el valor que pudo. Se puso del otro lado de la mesa y le dijo de una vez.

—Quiero volver. Te amo, me gusta estar contigo, pero extraño mucho a mi familia.

Andrés la miró furioso, no podía creer lo que le estaba pidiendo, después del regalo que le había hecho, ¡después de haberle pedido matrimonio!, ella lo estaba humillando al pedirle semejante barbaridad. Pasó casi por encima de la mesa, ella escapó en vano, la alcanzó de inmediato. La tomó del cuello y comenzó a gritarle, insultarla y a golpearla desmesuradamente. Por lo general, los golpes habían sido bofetadas, cuando mucho un puñetazo, pero esta vez no era un golpe, sino muchos. Ella le gritó que por favor parara, pero él estaba enajenado, incluso la pateó cuando la joven cayó al suelo. De súbito, se detuvo. Gabriela corrió al baño y se encerró. Andrés se dio cuenta de que había sido demasiado, que había sobrepasado cualquier límite. Salió a caminar y mientras lo hacía, pensaba en el daño que le había provocado a la mujer que amaba. Recordó a sus padres y la manera en que su madre intentaba ocultar los moretones, no quería ser igual, pero se había sentido humillado y no sabía reaccionar de otra manera.

Al regresar a la cabaña, encontró a Gabriela de pie frente al lavamanos, tratando de lavarse las heridas. Ella, al verlo entrar, cerró la puerta del baño de un golpe. Andrés comenzó a tocar suavemente.

—Gaby, ábreme la puerta, por favor. Lo siento mucho, no sé qué me pasó.

—Déjame tranquila.

—Por favor, mi Ángel, déjame verte.

—¿Quieres verme? ¡Mírame entonces!

La muchacha abrió la puerta violentamente. Andrés pudo ver lo que le había

hecho a su novia: estaba llena de heridas, sangraba de la boca y la nariz. Tenía parte de su ropa rota y aún lloraba, dolorida y con rabia.

—¡Mírame! ¡Siempre me dices que será la última vez, pero siempre vuelves a hacerlo!

—Perdóname, por favor.

Andrés guió a Gabriela hasta una silla y comenzó a llorar, tomó un paño limpio e intentó limpiar las heridas de la joven. La miraba, una y otra vez le pedía perdón, le explicaba que no sabía por qué reaccionaba de esa manera y que ella era la única que lo podría ayudar a cambiar. Andrés lavaba el paño en un tiesto con agua que cada vez se teñía más de rojo. Gabriela solo escuchaba, no quería hablar pero, a la vez, sentía lástima de la traumática infancia que él había tenido, y... pensó que, tal vez, era cierto lo que le decía: que ella era la única que podía hacerlo cambiar. Cuando Andrés terminó de limpiarle las heridas, la miró a los ojos, y se dio cuenta de que esta vez estaba realmente enojada. Debía hacer algo rápido para que olvidara de la idea de irse.

—Gaby, no podemos volver ahora, si lo hacemos nos van a separar... no me queda mucho saldo en el celular, pero, si quieres vamos al pueblo y llamas por teléfono a tus papás ¿Quieres?

Gabriela lo miró emocionada.

—¿En serio? Sí, sí quiero.

Gabriela se colgó del cuello de su novio en señal de agradecimiento y corrió hasta el dormitorio a ponerse una chaqueta, sus lentes y un jockey. Cuando él la vio, se sintió aliviado; si se había tomado la molestia de cubrirse tanto, era porque había abandonado la idea de irse.

Caminaron hasta el pueblo tomados de la mano, hablando alegremente, como si nada hubiese ocurrido. En el pueblo entraron a un centro de llamados intentando no llamar la atención. Gabriela marcó el número y pudo hablar con sus padres, ambos estaban en distintos aparatos de la misma línea, por lo que se atropellaban al hablar, pero aun así pudieron entablar una conversación.

—Hijita, ¿estás bien? ¿Dónde estás? ¡Vuelve por favor!

—Mamá, estoy bien... te lo juro, voy a volver pronto. Te extraño.

—Hija, te quiero... ¡por favor vuelve a la casa!, prometo que voy a dejarte pololear con ese tipo.

—Papá, yo también te quiero. Voy a volver pronto lo prometo. Solo quería hablar con ustedes.

—Feliz cumpleaños, como quisiera abrazarte, mi niña.

—Lo sé, mamá, gracias.

Los tres comenzaron a llorar y la conversación se hizo poco comprensible, hasta que Gabriela les contó lo que había recibido de regalo.

—Mamá, papá. Andrés me pidió matrimonio, estoy tan contenta. Me regaló un anillo y todo.

El silencio se apoderó de la línea. Ella esperaba que la felicitaran, pero no fue así.

—Quiero volver y que me den la autorización para poder casarme, por favor. Quiero estar con ustedes, pero también con Andrés.

—Por ningún motivo, ¿cómo se te ocurre?, una cosa es pololear, pero otra muy distinta es casarse, ¡estás demasiado chica para eso!

—Tu mamá tiene razón, Gaby, quiero estar contigo y verte, por sobre todo quiero saber que estás bien, pero pedirnos que te autoricemos para que te cases es una locura.

—Está bien, entonces no hay nada más que hablar, chao.

Gabriela colgó el teléfono y salió de la cabina. Andrés la esperaba afuera. Apenas la vio, supo que algo pasaba. Salió cabizbaja del local, que ya comenzaba a cerrar sus puertas, miró la luna y las lágrimas comenzaron a brotar de sus tristes ojos.

—Les conté... no quieren saber nada del tema.

—Te dije que no lo harían, por eso no quiero volver, porque nos van a separar.

—Tienes razón, pero, ¡tenía tantas ganas de que me apoyaran!

Los jóvenes se abrazaron, Gaby lloró entre los brazos de él. Este era, por lejos, el peor cumpleaños que había pasado en su vida

Al día siguiente, Gaby se levantó muy temprano. Como siempre, preparó el desayuno para ella y para Andrés. Lo despertó cuando ya todo estaba listo, desayunaron y él se fue a trabajar. Como cada día de las últimas semanas, quedó encerrada en su casa. Aseó un poco y, en menos de una hora, quedó absolutamente desocupada. Se sentó a mirar por la ventana, pero ni siquiera tenía vecinos para poder conversar con alguien.

Después de cocinar tomó una larga ducha, no podía sacarse de la cabeza la conversación que había tenido con sus padres el día anterior. Al terminar, fue a vestirse a su pieza. Sin querer se paró justo frente al espejo y, al quitarse la toalla, miró su cuerpo; estaba lleno de marcas y heridas. Al pasar la mano por cada una de ellas, volvía a revivir el momento en el que había recibido aquellos golpes. Por primera vez, se miró con atención y tomó conciencia de lo que sucedía, por fin se daba cuenta de que era una víctima de violencia, de que era una más de las mujeres que conformaban las estadísticas que, tantas veces, había visto como algo lejano e irreal en su vida. Recordó los casos de femicidio que había visto tantas veces en las noticias; siempre había pensado que las mujeres que eran golpeadas eran muy tontas por no pedir ayuda. Le costaba creer que se había convertido en una de esas mujeres.

Se vistió y volvió a sentarse, inmóvil, cerca de la ventana. Pasados unos minutos comenzó a aburrirse y decidió salir por la ventana, aunque esta era pequeña, se las arregló para pasar por ahí. Necesitaba caminar un poco, se sentía ahogada y deprimida. Quiso salir para conocer un poco mejor el lugar que, al parecer, la albergaría por mucho más tiempo del que había imaginado. Caminó por horas, sin rumbo alguno, pensando en lo que debía hacer con su vida. Estaba al tanto de que no era feliz y de que, evidentemente, era una mujer abusada. Quería volver con sus padres, pero a pesar de todo, quería también estar con Andrés. Sabía que con el tiempo iba a lograr que fuera un buen hombre, y la violencia sería cosa del pasado. ¡Lo había soñado tantas veces! Pensó en darle una última oportunidad, pero también en las consecuencias que podría tener enfrentarlo... Temió por su vida por un momento, pero de inmediato desechó aquel pensamiento; él no sería capaz de hacer algo así, no. Eso era una exageración, Andrés jamás llegaría a eso. Continuó caminando, no sentía hambre, ni cansancio, solo necesitaba pensar.

El cielo comenzó a cambiar de color y, de pronto, la joven sintió el peso del mundo sobre sus hombros. Se dio cuenta del tiempo que había pasado desde su salida, estaba comenzando el atardecer y ni siquiera sabía con exactitud en dónde estaba. Sintió pánico de la reacción que tendría Andrés, si llegaba y no la

encontraba en la casa. Corrió tratando de deshacer su camino, pero no lo logró, no recordaba cómo volver. Caminó sin parar, vio a un par de personas en el camino, pero no sabía con exactitud el nombre del lugar en que vivía, por lo que no pudo pedir indicaciones. Por fin, divisó un paisaje que se le hizo conocido; era el camino hacia pueblo, ya sabía dónde estaba. Corrió hasta él, y desde ahí emprendió el rumbo a su casa. Cuando iba llegando notó que ya había anochecido, Andrés estaba en la puerta, esperándola. Apenas la vio aproximarse caminó hacia ella y, sin decir una palabra le dio una bofetada, luego la tomó del brazo y la llevó hasta el interior de la cabaña, entre sollozos, Gaby intentaba explicarle lo sucedido.

—Amor, estaba sola y aburrida, solo quería ir a dar una vuelta, pero... me perdí.

—¡Te dije que no podías salir, que no nos podemos arriesgar!

—Pero, mi Amor...

No pudo seguir hablando, un puñetazo en el estómago la dejó sin aire, se dobló y comenzó a caer, pero antes de que tocara el suelo, Andrés la tomó del pelo y la aventó contra la pared, su cabeza comenzó a sangrar abundantemente, pero al joven no le importó. La tomó del cuello y continuó golpeándola. De un momento a otro, Gabriela comenzó a ver nublado, luego más oscuro y la voz de su agresor se volvía cada vez más lejana, y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, estaba acostada sobre la cama, Andrés lloraba a su lado y limpiaba las heridas que él mismo le había provocado; era el mismo cuadro que había visto el día anterior. Él se disculpaba e intentaba hacerla sonreír, pero ella permaneció callada, mirando hacia el techo, pero sin mirarlo realmente, como si sus ojos estuvieran perdidos en el infinito. De pronto reaccionó, sonrió y le dijo que estaba bien. En su interior, sabía que debía pedir ayuda y huir de ese lugar pero, para lograrlo, Andrés no podía sospechar de nada.

El joven, por su parte, estaba confundido. No creía ser merecedor de un amor tan grande que incluso pudiera perdonar lo que había hecho. No quería seguir lastimando a Gabriela, no obstante, no podía soportar que no le obedeciera, más aun a una orden tan simple como no salir. ¿Acaso no se daba cuenta del peligro que corrían? ¿No se sentía agradecida de la vida perfecta que le estaba ofreciendo? Estaba consciente de que era una niña mimada, por ende, la única forma de corregirla era siendo severo con ella. Tal vez, no volver a golpearla, pero debía hacerle entender que él era el dueño de casa y ella le debía respeto y obediencia, de no ser así, el matrimonio jamás funcionaría. Debía enseñarle a ser una esposa perfecta para que pudieran ser felices.

—Aló, ¿Mamá?

—Gaby, hija, ¿cómo estás? ¿Pasa algo? ¿Vas a volver?

—Sí, quiero volver, pero no sé cómo. Andrés no quiere y no va a dejar que me vaya tan fácilmente.

—¿Te hizo algo?

—Eeeeeeh no, mamá, no me hizo nada... solo los extraño y quiero volver, pero sé que Andrés jamás me va a dar la plata para el pasaje.

—Dime dónde estás, yo te mando la plata.

—No lo sé con exactitud, voy a averiguar y te aviso, gracias por ayudarme... a pesar de todo.

—Te amo, hija, no sabes lo feliz que estoy con lo que acabas de decirme.

Gabriela comenzó a recorrer algunos lugares del pueblo para poder saber exactamente dónde estaba, estaba al tanto de que el pueblo se llamaba “San Fabián” y estaba cerca de la ciudad de Metri, porque había visto los letreros de las micros, pero nada más. Se detuvo frente a un kiosco y vio un nombre: “Puerto Montt”, ya sabía su ubicación, pero no tenía dinero para volver a llamar. Recordó que Andrés guardaba un celular en la casa, así que regresó. Buscó el teléfono por todos lados, hasta que por fin dio con él. Estaba descargado, ahora tenía que buscar el cargador y rogar que el celular tuviese saldo, pero tardó demasiado; ya era hora de que su novio volviera, por lo que decidió dejar el celular en donde lo había encontrado y seguir con la búsqueda al otro día.

Andrés llegó de buen humor, comieron, conversaron e incluso bromearon pensando en cómo sería su vida si ganaran la lotería. En momentos así, Gaby dudaba sobre lo que había planificado, pero luego recordaba los golpes, las humillaciones, todas las veces que Andrés había jurado que nunca más la trataría mal sin cumplir su palabra, que cada vez se volvía más violento. No podía flaquear, debía seguir adelante.

Al día siguiente volvió a buscar el cargador, dio vuelta cajones, revisó todos los muebles, hasta que por fin lo encontró. Cargó el teléfono por un rato y probó si podía llamar.

—Mamá, soy yo, no tengo mucha batería.

—Mi amor, dime dónde estás y hoy mismo te mando la plata.

—Estoy en un pueblo que se llama San Fabián, cerca de Puerto Montt.

—¿Puerto Montt? ¿Cómo llegaste hasta allá?

—Te cuento cuando vuelva, que se me va a cortar la llamada.

—Mañana te mandaré el dinero para que puedas volver. Te prepararé algo rico para que celebremos, estoy tan conten...

La llamada se cortó abruptamente, Gaby guardó las cosas tal como las había encontrado. Decidió que al día siguiente volvería a llamar para poder verificar que le habían enviado el dinero. Ni siquiera sabía cómo podría cobrarlo, nunca había realizado un giro de dinero, tampoco sabía si era necesario tener una cuenta bancaria... Pero ya era tarde para volver a llamar, todas esas preguntas las haría al día siguiente.

La noche avanzó sin novedades, trató de actuar lo más normal posible, aunque el nerviosismo no le permitía comer. Hacía varios días que se sentía inapetente, a veces le daba fatiga, pero todo era producto del stress. La mañana siguiente, Gaby estaba ansiosa porque Andrés se fuera pronto al trabajo. Se levantó a preparar el desayuno y, aunque trató de comer, sintió náuseas, y no pudo hacerlo.

—¿Qué te pasa últimamente? ¿Estás enferma?

—No sé, a lo mejor algo me hizo mal, puede ser el agua.

No podía decirle que estaba ansiosa por que se fuera para poder llamar a su mamá, mucho menos que tenía planeado viajar lo antes posible y que todo eso la tenía con los nervios de punta.

—Bueno, espero que te mejores pronto, porque nos invitaron a acampar y acepté, nos vamos en unas horas más. Arregla las cosas. Yo voy a comprar lo que necesitamos y vuelvo. En una hora tenemos que estar listos, así que apúrate.

—Pero... es viernes ¿Y el trabajo?

—Pedí libre, así que no te preocupes, te va a hacer bien salir un poco ¿No es eso lo que querías?

—Sí, claro...

Gabriela no podía creer lo que estaba pasando, tendría que esperar todo el fin de semana, antes de poder llamar de nuevo a su casa. No podía arriesgarse a hacerlo mientras Andrés salía a comprar. Frustrada, simplemente acató la orden que había recibido y preparó las cosas. Solo debía guardar ropa y algunos artículos de cocina, no entendía cómo iban a dormir, pero no se atrevió a preguntar.

Horas más tarde, estaban camino a un lago del que desconocía incluso el nombre, con una familia que, al parecer, Andrés había conocido en su trabajo. Hacía mucho que no compartía con otras personas, por lo que fue muy tímida, sin embargo, lo pasó muy bien. Los días fueron tan agradables, que pensó en que no sería tan malo vivir ahí. Pero eso sería en el futuro, cuando sacara una carrera, se casara con el consentimiento de sus padres e hiciera las cosas como debían ser. Por ahora, la idea era escapar y volver a su casa. Tal vez todavía estaba a tiempo de volver al colegio o de dar exámenes libres, no quería atrasarse en sus estudios.

Los días pasaron muy lentos y, cuando por fin llegó el lunes, Andrés volvió a su trabajo, momento que Gaby aprovechó para poder llamar a su mamá, que estaba desesperada esperando su llamada. María le dio las instrucciones para retirar el dinero y comprar el pasaje. Gaby fue hasta el pueblo y realizó los trámites necesarios, lamentablemente, los buses a Santiago no salían todos los días y no se atrevía a viajar con escalas como lo había hecho para llegar hasta ahí. Esta vez viajaría sola y prefería realizar un viaje directo. Compró el pasaje para el día jueves a mediodía. Así tendría tiempo de arreglar sus cosas y partir a su casa. Llamó a su mamá para darle las buenas noticias y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió de verdad.

En Santiago, comenzaron con los preparativos para la bienvenida de Gabriela, sus padres pensaron que necesitaba recibir un castigo, pero estaban tan felices de tener a su niña de vuelta que, consideraron que perder el año escolar, sería suficiente. Hablaron con Beatriz para contarle todo y apenas supo que su amiga volvería, comenzó a organizar una fiesta, también habló con sus compañeras de curso para que fueran a recibirla. Comenzaron a fabricar afiches, videos y cuanta cosa se les ocurrió para que Gabriela se sintiera querida y nunca más pensara huir.

Gabriela intentó que los días transcurrieran de la forma más normal posible, pero discretamente comenzó a juntar sus cosas para poder echarlas de una vez al bolso el mismo día que tenía que viajar. No quiso guardar nada antes para que Andrés no sospechara, todo lo contrario, intentó ser una novia ejemplar, hizo todo lo que sabía que a él le agradaba, de esta manera bajaría la guardia y no podría evitar que llevara a cabo su plan. Pero, por si todo se estropeaba decidió escribir una carta a sus padres explicándoles por qué se había ido.

Por fin llegó el jueves, Gabriela estaba ansiosa. Andrés notó que algo raro le pasaba. Desde la noche anterior la sentía extraña, pero no sabía qué le sucedía. Esa mañana tomaron desayuno casi sin hablar. Cuando el joven se despidió para ir a trabajar, Gaby prácticamente se le colgó del cuello.

—Mi amor, te amo mucho, por favor, no lo dudes nunca.

—Lo sé, mi Ángel, tranquila. ¿Pasa algo?

—Nada, solo quería que lo supieras.

Gabriela lo miró con ternura, lo besó en los labios y se despidió. Al cerrar la puerta, Andrés tuvo un mal presentimiento, pero ya se hacía tarde así que se marchó.

Cuando Gaby escuchó que, como cada día, Andrés le echaba llave a la puerta, fue hasta la ventana para observarlo alejarse. Limpió la mesa y lavó la loza, pensó en dejar comida lista, pero el tiempo no le alcanzaba para hacer todo. Arregló su bolso rápidamente y preparó un par de sándwiches para el camino. Miró con atención su pasaje para no equivocarse en la hora, fecha o andén. Lo guardó en el bolsillo exterior de su mochila y entró a la ducha. Aún era temprano, por lo que tenía tiempo de sobra, pero de igual forma prefería salir antes, estaba demasiado nerviosa como para esperar en su casa.

La joven dejó sus pensamientos de lado. Cerró el agua, se paró frente a un espejo y observó feliz que ya se le habían borrado casi todos los moretones, por lo que no tendría nada que ocultar cuando llegara a casa. O al menos, casi nada.

Salió del baño, entró a su pieza y se le detuvo la respiración. No fue capaz de moverse, solo podía mirar a Andrés sentado en la cama con su pasaje en las manos. Era como una visión, no podía creer que estuviera ahí. Enfurecido, se puso de pie y arrugó el papel. Mientras se acercaba a ella lo tiró al suelo con desprecio. Gaby estaba tan asustada que no fue capaz de moverse para huir del castigo que estaba segura recibiría en un instante. Andrés comenzó a gritarle y ella solo atinó a llorar y a sujetar la toalla, que era lo único que cubría su frágil cuerpo.

—¿Qué se supone que estás haciendo?! ¿Pensabas dejarme botado?!

—No, mi Amor, yo pensaba ir a ver a mis papás y volver...

—¡No me mientas!, sé que no pensabas volver... yo te he dado todo y...
¿Así me pagas?!

Andrés dejó de discutir y descargó toda su ira sobre ella golpeándola en el rostro, los brazos, el estómago, la verdad, era que ni siquiera veía en dónde caían los golpes. Ella estaba demasiado asustada y adolorida como para intentar convencerlo de que decía la verdad. Nunca había sentido tanto dolor como ese día, estaba recibiendo puñetazos, patadas e incluso fue golpeada con un palo que Andrés guardaba debajo de la cama. Gaby sintió cómo la sangre empezaba a brotar de las heridas recién abiertas, no sabía con exactitud dónde se encontraban, porque el dolor se expandía por todo su cuerpo. El piso se manchó de rojo cerca de sus pies y cayó mareada al suelo. Pensó que, al verla así, Andrés se detendría, pero no lo hizo. Parecía que por cada golpe su ira aumentaba el doble y la golpeaba con más fuerza la siguiente vez. Gaby sentía el rostro ardiendo, las lágrimas brotaban sin parar de sus ojos, ya no podía gritar más, incluso respirar le dolía, solo lloraba esperando que su agresor se compadeciera de ella y comenzara a pedirle perdón, como tantas veces lo había hecho. El dolor era insoportable, poco a poco todo empezó a oscurecer. Cada vez estaba más lejos de todo lo que amaba, ¡deseaba tanto estar con sus padres!, intentó pensar en cómo se sentiría un abrazo de ellos en lugar de lo que estaba viviendo, deseaba por sobre todas las cosas pedirles que la perdonaran por todo lo que había hecho. Una patada en el pecho la trajo de vuelta a la realidad, todo se volvió negro y dejó de sentir dolor.

Andrés, al ver que se había excedido, intentó despertarla, pero no lo logró. Entró en pánico; aún la sentía respirar, pero era imposible que esta vez lo perdonara. Arregló un bolso y se fue, dejando a la joven desnuda e inconsciente en el medio del comedor. Horas después, un compañero de trabajo del muchacho decidió ir a su casa para saber por qué no había llegado, como no usaba celular era imposible contactarlo por vía telefónica y, como nunca se ausentaba su jefe se alarmó. El hombre golpeó por un rato sin recibir respuesta, pensó irse pero, el destino o el instinto lo impulsaron a mirar por la ventana. Quedó horrorizado ante el cuadro que estaba frente a sus ojos: vio a la muchacha tirada en el suelo, cubierta de sangre, de inmediato pensó que estaba muerta, por lo que decidió llamar a la policía.

Al llegar los uniformados, se dieron cuenta de que la joven aún estaba con vida, pero evidentemente, muy grave. La trasladaron rápidamente al hospital de Puerto Montt. Al tomarle las huellas dactilares, descubrieron que existía una orden de búsqueda por presunta desgracia a su nombre, por lo que les fue posible ubicar a sus padres. María y Raúl no podían creer lo que les estaban diciendo,

ellos esperaban que su hija los llamara para decir que ya estaba en camino, pero jamás pensaron que les llamarían del hospital para informarles que estaba grave, internada con riesgo vital, y sola en un lugar tan lejano para ellos. No lo pensaron dos veces y viajaron de inmediato, llegaron en la madrugada del día siguiente. Cuando por fin pudieron ver a Gabriela, no pudieron creer que fuera ella, estaba irreconocible, todo su cuerpo estaba hinchado y herido. La persona que veían inconsciente en la camilla no podía ser la joven alegre, risueña y llena de sueños que habían visto por última vez hacía tres meses. Hablaron con un doctor que, de manera fría e impersonal, les habló de la gravedad en que se encontraba su hija, pero eso no era todo, además les comunicó que estaba embarazada. En su vientre había una pequeña criatura de aproximadamente dos meses que, a pesar de la golpiza, se había aferrado a la vida.

Pasaban las horas y Gaby parecía no presentar mejoras, mientras tanto, los carabineros buscaban exhaustivamente a Andrés. No cabía duda de que él era el responsable del estado en el que se encontraba la joven.

Cuarenta y ocho horas después, María y Raúl recibían la peor de las noticias: Gabriela ya no despertaría. Su cuerpo no respondía, solo se mantenía con vida gracias a las máquinas que tenía conectadas... ya no había ninguna posibilidad de que su niña, su querida hija, volviera a despertar.

A pesar del dolor indescriptible de los padres, había que tomar una decisión importante: qué pasaría con el bebé. Aún estaba con vida y tenían la posibilidad de mantener conectada a Gaby hasta que cumpliera por lo menos seis meses de gestación para poder practicarle una cesárea. Era un procedimiento arriesgado, caro y doloroso, porque significaba ver a su hija por cuatro meses postrada en una cama, sabiendo que en cuanto pasara el tiempo pactado había que enterrar su cuerpo. Pero, por otro lado estaba la vida de un nieto que podría llenar, de alguna manera, el vacío que la muerte de su hija les estaba dejando.

Devastados, María y Raúl decidieron trasladar a Gaby a Santiago y mantenerla conectada hasta que llegara el momento de poder realizar el procedimiento ya mencionado. Antes del viaje, pidieron a un policía que, por favor, los llevara hasta la casa que Gabriela había ocupado los últimos meses. Al llegar a la cabaña vieron que todo estaba como cuando la encontraron, había algunas sillas volteadas, las manchas de sangre en el piso e, incluso, el palo con el que había recibido parte de los fatales golpes. Ambos se abrazaron y lloraron, no podían creer que su hijita hubiese pasado por ese calvario, recorrieron la cabaña y encontraron el bolso armado, inevitablemente imaginaron a Gaby preparando todo para marcharse y alejarse de ese monstruo que la había manipulado y alejado de ellos. Tomaron el bolso y se lo llevaron al hospital.

Comenzaron a hacer los trámites para el traslado. María no dejaba de abrazar

el bolso de Gabriela, intentando aferrarse a su olor, no quería olvidarlo, no quería confundirlo con el olor de los medicamentos que tenía ahora. Mientas esperaba, se sentó junto a su hija, o lo que quedaba de ella. Abrió el bolso y revisó la ropa que guardaba, y entre las prendas encontró un papel; era una carta para ella y su esposo:

“Papitos:

Es difícil escribir esta carta, pero no creo que me atreva a decírselos de frente.

Quiero que sepan que ustedes no tienen ninguna culpa de la decisión que tomé. Yo quería estar con Andrés, y la única forma de hacerlo era yéndome con él. La verdad, es que me arrepentí varias veces de lo que había hecho, mi instinto me decía que era mala idea, siempre intuí que Andrés no era una buena persona, pero no supe cómo actuar, nunca he sabido confiar en lo que creo y me dejo llevar por los demás, es por eso que no pude imponer mi pensamiento y partí en este viaje sin sentido, que al menos me ha servido para darme cuenta de que debo aprender a confiar en mí misma y defender mis ideas cuando creo tener razón. Necesito de su ayuda para mejorar, para ser más independiente, para ser como ustedes. Sé que me encuentran muy chica todavía, pero estoy creciendo y lamentablemente ustedes no estarán conmigo toda la vida, por lo que debo hacerme responsable de mis actos y, para eso, necesito que me guíen. Esta vez, haré lo que me digan.

La última noche que compartí con ustedes fue tan perfecta, que pensé en no irme, pero de verdad que no supe como revertir los planes que había hecho con Andrés, incluso pensé en que ojalá me hubiesen descubierto y evitado lo que estaba a punto de hacer, pero lamentablemente, no fue así. Pero, les repito, no fue culpa de ustedes, fue mi culpa y prometo que de hoy en adelante seré una buena hija, aprenderé de mis errores para ser mejor cada día.

Los amo con todo mi corazón.

Gaby”

María rompió a llorar profunda y amargamente, recién caía en cuenta de que Gaby fue manipulada fácilmente y que, gran parte de esa culpa era suya, porque siempre la sobreprotegió y no le enseñó a valerse por sí misma. Raúl trató de hacerle ver que estaba equivocada, pero ella no quiso escuchar a nadie. Solo quería cuidar a Gaby el poco tiempo que les quedaba juntas, aunque ella no pudiera saber que estaba ahí.

María trataba de recrear en su mente todos los momentos felices de su hija, se esforzaba por recordar cada detalle... no quería sentir que la había perdido.

Leyó la carta una y otra vez, la apretaba contra su pecho y seguía llorando. Nunca se dio cuenta de lo mal que le hacía a Gabriela ser una niña tan

consentida. Si tan solo tuviera la oportunidad de volver el tiempo atrás, haría todo muy distinto. Pero no podía hacerlo; ya era demasiado tarde para Gaby.

Mientras tanto, en la recepción del hospital, recibieron un extraño llamado.

—Hola, quisiera saber sobre el estado en el que se encuentra la paciente Gabriela Riveros.

—Disculpe, esa información no se la puedo dar por teléfono.

—Por favor, solo quiero saber cómo está... estoy lejos y no puedo ir a verla.

—¿Usted fue quien la dejó así? ¿Usted fue el que le pegó de esa manera?

—... Por favor, solo dígame cómo está... ¿Está mejor?

—Bueno, le informo que no sobrevivió a la paliza que le dio, está con muerte cerebral. Sus papás están haciendo los trámites correspondientes para llevársela a Santiago y tratar de salvar al bebé

—¡¿M- muerta?! ¡¿De qué bebé me está hablando?!... creo que se trata de otra persona, yo le pregunto por...

—Por Gabriela Riveros, la niña que mató. Por suerte el bebé está vivo, pero no creo que llegue a nacer. El cuerpo de Gabriela está demasiado débil.

—...

—¿Aló? ¿Hola?

El tiempo pasó muy rápido. A Gaby la trasladaron a Santiago, su madre pasaba todo el día a su lado. Le leía, ponía música y le contaba historias del pasado. Las heridas de Gaby desaparecieron y su vientre empezó a abultarse cada vez más. María no entendía cómo era posible que una vida se gestara dentro del cuerpo inerte de Gabriela, pero más que cuestionárselo, lo agradecía, lo tomaba como una nueva oportunidad y, esta vez, quería hacer las cosas de manera absolutamente diferente, ese bebé sería capaz de cuidarse y defenderse de cualquier peligro que se le presentara.

Llegó el día de la cesárea, que por un lado esperaban con ansias, pero por otro, significaba que había llegado el momento de apagar las máquinas y despedirse para siempre de Gaby. Debían preparar un nacimiento y un funeral, y a pesar de que habían pasado cuatro meses, había sido muy poco tiempo para hacerse la idea de que su hija estaba muerta.

Nació una pequeña y hermosa niña, que de inmediato metieron a una incubadora para que terminara de desarrollarse. Los padres de Gaby decidieron llamarla Esperanza, ya que, la pequeña había logrado sobrevivir a la golpiza monstruosa que su propio padre le propinó mientras se gestaba, y para ellos era una luz que llegaba para alumbrar sus, ahora, sombrías vidas.

Al día siguiente se realizó el funeral de Gabriela. Fue mucha gente, pero los padres se sentían más solos que nunca. Beatriz había estado presente durante todo el tiempo que Gaby estuvo en coma y, como siempre, había organizado algo especial para su amiga.

De Andrés no supieron nada, y la verdad, tampoco les interesaba. Asumieron que después de llamar al hospital había decidido desaparecer. Querían justicia para su hija, pero preferían volcar su energía en la crianza de la pequeña Esperanza. Le enseñarían a confiar en sí misma, a pelear por lo que creía justo, a ser independiente y, lo más importante, a amarse por sobre todas las cosas, para que nunca nadie la pudiera dañar.

Los años pasaron y la pequeña Esperanza se destacaba por su especial personalidad. La gente decía que era igual a Gabriela, lo que la llenaba de orgullo, porque sus abuelos siempre le dijeron lo especial que era, y las fotografías que llenaban la casa le enseñaban que era una hermosa joven.

Un día, mientras la niña jugaba en el jardín se sintió observada, miró a su alrededor y vio unos ojos negros y penetrantes que la observaban, sintió un escalofrío. No dudó ni por un instante en ponerse a gritar para pedir ayuda, sus abuelos salieron inmediatamente a ver lo que le pasaba. Los misteriosos ojos desaparecieron y, apenas la pequeña relató lo sucedido, la pareja no tuvo dudas

de quién se trataba, llamaron a la policía para que buscaran a Andrés, y de inmediato pusieron en marcha el plan que habían estado conversado durante los último cuatro años. Era hora de vender la casa y alejarse de ahí, no se iban a arriesgar a que su nieta se enfrentara al individuo que le había arrebatado a su madre. Todos los recuerdos los tendrían que llevar a un nuevo hogar lejos del dolor y del miedo.

En cuanto a Esperanza, creció como una niña normal y feliz. Varias veces durante su vida sintió la presencia de esos oscuros ojos, como si algo maligno la vigilara, pero ella no sentía miedo, pues sabía que Gabriela era su ángel de la guarda y que siempre contaría con ella para ayudarla a defenderse de lo que tuviera que enfrentar durante su vida, por más duro o difícil que fuera.

FIN

ACERCA DE LA AUTORA

Ruth Lefin Ibáñez nació el 10 de enero de 1979, en la ciudad de Santiago. El año 2000 se trasladó a Valparaíso, junto a su hija, ciudad en la que reside actualmente. Entre los años 2004 y 2008, realizó sus estudios superiores en la Universidad de Playa Ancha, en la que obtuvo el título de Profesora de Castellano, licenciada en Educación; profesión que, actualmente, ejerce en el Instituto Marítimo de Valparaíso.

Lefin, desde pequeña, se mostró interesada en la literatura, especialmente por las novelas realistas y las de corte juvenil. Basándose en estas preferencias, nació “Amores que dejan Marcas”, novela ganadora de una mención honrosa en el II Concurso Literario Cementerio Metropolitano 2017.

Lo que la impulsó a escribir esta novela, fueron las historias de sus alumnas, las de sus amigas y los cientos de denuncias de maltrato hacia las mujeres que aparecen a diario en los medios. La idea principal de su obra es dar a conocer una realidad que está más cerca de lo que queremos ver. No es la historia de alguien en particular, pero a la vez, es la historia de muchas personas.

Contáctate con la autora a través de la [Agencia Aguja Literaria](#).

Table of Contents

[AMORES QUE DEJAN MARCAS](#)

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[—¿Quieres...que... lo hagamos?](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[ACERCA DE LA AUTORA](#)